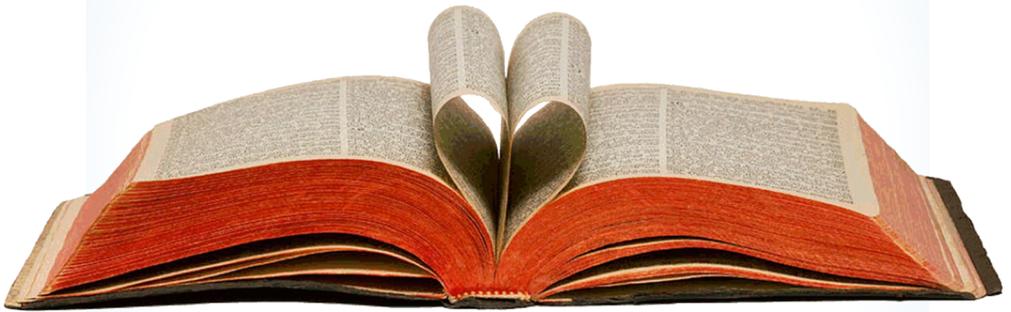


Comprendiendo

la Personalidad de Dios



Lynnford Beachy

Comprendiendo

la Personalidad de Dios

Escrito por:
Lynnford Beachy

Traducido por:
Roman Quiroz Martinez
y
Cristina Vitto-Mendoza

Segunda impresión,
Noviembre de 2012

Impreso por:

Present Truth Fellowship

www.verdadpresente.net
www.presenttruth.info

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas son de la Reina Valera Gómez, 2010 © por Dr. Humberto Gómez Caballero. Usada con permiso.

“Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábese el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová”.

Jeremías 9:23, 24

Tabla de contenido

La necesidad de conocer a Dios.....	1
<i>La persona de Dios.....</i>	2
<i>Conociendo a Dios.....</i>	3
<i>El fundamento de la Iglesia.....</i>	6
<i>La divinidad de Cristo.....</i>	7
<i>Problemas con la adoración.....</i>	8
<i>El Hijo engendrado de Dios.....</i>	9
<i>Verdaderamente Hijo de Dios.....</i>	12
<i>Conclusión.....</i>	13
El único Dios verdadero.....	16
<i>¿Sabes a quién adoras?.....</i>	17
<i>La fusión del paganismo con el cristianismo.....</i>	18
<i>Distinción entre el Padre y el Hijo.....</i>	19
<i>Atributos del Padre.....</i>	22
<i>Títulos del Padre.....</i>	25
<i>Conclusión.....</i>	28
El Espíritu Santo de Dios.....	31
<i>El Consolador prometido.....</i>	33
<i>Algo mejor.....</i>	35
<i>Cristo en tí.....</i>	39
<i>¿Qué es un espíritu?.....</i>	40
<i>Dos personas divinas.....</i>	42
<i>Conclusión.....</i>	46
La Muerte del Hijo de Dios.....	47
<i>La lucha emocional.....</i>	47
<i>En el Jardín de Getsemaní.....</i>	48
<i>¿Sabía Jesús todas las cosas cuando estuvo aquí?.....</i>	49
<i>¿Era Jesús todopoderoso cuando estuvo aquí?.....</i>	50
<i>¿Era Jesús inmortal cuando estuvo aquí?.....</i>	52
<i>La muerte de Cristo: Una muerte completa.....</i>	53
¿Están los muertos realmente muertos?.....	54
<i>¿El espíritu del hombre?.....</i>	55
<i>La primera y la segunda muertes.....</i>	57
<i>La muerte del Hijo de Dios.....</i>	58
Cristo realmente murió.....	60
<i>1 Pedro 3:18-20.....</i>	62
<i>El gran sacrificio de Cristo.....</i>	62
<i>La capacidad de Cristo para salvarnos.....</i>	63
<i>Conclusión.....</i>	64

La necesidad de conocer a Dios

Desde la creación de este mundo, Dios ha tratado de tener comunión con la humanidad. Tenía comunión diaria con Adán y Eva en el jardín de Edén. Desafortunadamente, la riqueza de esta comunión se malogró cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, pero Dios continuó buscándolos. Él no ha cesado de desear la comunión con las criaturas que fueron hechas a su imagen. Nos ama inmensamente y desea tener continua comunión con nosotros. Envió a su Hijo unigénito a morir por nuestros pecados para que pudiéramos ser reconciliados con Dios y ser restaurados a la estrecha comunión que él tenía con la humanidad antes de la caída.

Para restablecer la comunión de la humanidad consigo mismo, Dios ha revelado su carácter y sus atributos en su palabra, la Biblia, para que los seres humanos puedan conocerlo y amarlo. El conocimiento de Dios es lo más importante que podemos tener. Dios dijo: “Así dijo Jehová: No se alabe el sabio en su sabiduría, ni en su valentía se alabe el valiente, ni el rico se alabe en sus riquezas. Mas alábase en esto el que se hubiere de alabar: en entenderme y conocerme, que yo soy Jehová, que hago misericordia, juicio y justicia en la tierra; porque estas cosas quiero, dice Jehová” (Jeremías 9:23, 24).

La única cosa de la cual tenemos derecho a gloriarnos es que entendemos y conocemos a Dios, y específicamente su carácter de amor. Ciertamente, no podemos entender y conocer todo acerca de Dios, pero deberíamos entender y saber lo que él ha revelado acerca de sí mismo en la Biblia. Este conocimiento es la información más importante que podemos adquirir.

¿Podrías decir sin equivocación que entiendes y conoces a Dios si crees que él es un panteón de dioses, como creen los hindúes? ¡Por supuesto que no! En India, hay altares casi en cada esquina dedicados a dioses hindúes. Adoran monos, vacas, elefantes, pavos reales, estatuas de tres cabezas y seis brazos, etc. Están confundidos sobre quién es realmente Dios, y esta confusión impide que tengan una íntima comunión con él.

Para comprender y conocer a Dios, primero se debe tener una comprensión básica de quién es él. Se debe entender algo de su identidad y sus características antes de dar el paso siguiente: Conocerle realmente a nivel personal y construir una relación con él.

Tener un conocimiento básico de la identidad y el carácter de Dios no es

suficiente si no se da el siguiente paso, que es establecer una relación con él. Hasta los demonios tienen un conocimiento básico de Dios, pero rehúsan someterse al control de él. Santiago escribió a sus hermanos judíos: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen y tiemblan” (Santiago 2:19). Es bueno tener un conocimiento básico de Dios, pero no podemos detenernos allí. Un conocimiento de Dios, no importa cuán correcto sea, no nos hace mejor que los demonios si no invitamos a Dios a morar en nuestro corazón y no sometemos nuestra vida para que sea moldeada y transformada por su carácter puro.

La persona de Dios

¿Es Dios una persona? ¿Es una cosa o un comité? Estas son preguntas importantes que hay que resolver y que deben responderse fácilmente por cualquiera que entienda y conozca a Dios. Este es el conocimiento básico de Dios. Sorprendentemente, muchos cristianos enmudecen ante estas preguntas porque han recibido enseñanzas que hacen de Dios un vapor fantasmal y misterioso que impregna toda la naturaleza.

Daniel recibió una visión que nos ayuda a entender a Dios. Él escribió: “Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente” (Daniel 7:9).

Alguien llamado “Anciano de días”, que tiene puesto un vestido blanco y tiene cabello blanco, toma asiento en un trono. Poco después, el “Hijo del hombre” (versículo 13) llega ante él. El Anciano de días debe ser Dios, el Padre. De acuerdo con la Biblia, nuestro Padre celestial es una verdadera persona.

Juan recibió una visión de este mismo suceso, y dice: “Y vi en la mano derecha del que estaba sentado en el trono un libro escrito por dentro y por fuera, sellado con siete sellos” (Apocalipsis 5:1). Poco después de que Juan vio esto, Jesucristo se acerca al trono y toma el libro de la mano de su Padre.

Nuevamente, vemos que Dios es una persona verdadera, que se sienta en un trono y tiene un libro en la mano derecha.

Dios debe ser una persona verdadera, pues Jesús dice: “Bienaventurados los de limpio corazón, porque ellos verán a Dios” (Mateo 5:8). En otro lugar, Jesús hace una advertencia. “Mirad que no menospreciéis a uno de estos pequeños; porque os digo que sus ángeles en los cielos ven siempre el rostro de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 18:10).

Deberíamos esperar que Dios sea una verdadera persona, pues fuimos

creados a su imagen y semejanza (Génesis 1:26). Cuando llegemos al cielo, hallaremos que nos parecemos a Dios. No encontraremos un monstruo de tres cabezas y seis brazos ni ninguna otra cosa extraña. La forma externa de Dios se parece mucho a la nuestra. Esta es la descripción bíblica de cómo es Dios. Él es una verdadera persona.

El escritor de Hebreos dice: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo; el cual, siendo el resplandor de su gloria, y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:1-3).

Aquí nos enteramos de que Jesucristo es la imagen expresa de la persona de Dios. Por lo tanto, Dios debe ser una persona y Jesucristo es una persona verdadera también.

Pablo confirma esto también cuando escribe: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo” (Filipenses 2:5, 6). La palabra griega traducida como “forma” significa “la forma por medio de la cual una persona o cosa adopta la visión, la apariencia externa” (*Thayer’s Greek Lexicon*). Dios tiene una apariencia externa, y su Hijo Jesucristo tiene la misma clase de aspecto.

Conociendo a Dios

En su oración final a su padre, después de la última cena, Jesús dijo: “Y esta es la vida eterna, que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Jesús reveló que la vida eterna depende de conocer tanto al único Dios verdadero como a Jesucristo, su Hijo.

¿Qué significa conocer al Padre y al Hijo? ¿Conoce Satanás a Dios y a su Hijo de la manera en que Jesús lo describió? ¡Desde luego que no! Si lo hiciera, entonces también tendría vida eterna, pero sabemos que Satanás llegará a su fin. La Biblia dice que arderá y se convertirá en cenizas (Ezequiel 28:13-19). Conocer a Dios es más que saber acerca de Dios. Debemos conocerlo a nivel personal. Conocer a Dios es amarlo (1 Juan 4:7, 8). Y esto comienza por conocer su amor por nosotros (1 Juan 4:19).

En el versículo más conocido de la Biblia, Jesús dice: “De tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito para que todo el que crea en él no se pierda sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Cuando Jesús dijo

que Dios “amó al mundo de tal manera”, estaba diciendo que él nos ama tanto que hizo algo increíble por nosotros. Demostró su amor por nosotros entregando su posesión más preciada, su Hijo unigénito.

Si Dios hubiese amado al mundo tanto que hubiese dado una cabra, tu y yo habríamos cuestionado seriamente el amor de Dios por nosotros porque una cabra sería un regalo casi insignificante de parte de Dios, pues es algo que él creó. Si Dios hubiese amado al mundo tanto que hubiese dado a un ser humano, ¿qué habríamos pensado entonces? Esto sería un poquito mejor que una cabra, pero todavía es un regalo pequeño porque los seres humanos también son creados. ¿Y si Dios hubiese amado al mundo tanto que diera un ángel? Ese es un regalo mejor que el de un ser humano, pero todavía no alcanza a demostrar cuánto nos ama Dios. Ya ves, nuestra comprensión del amor de Dios depende del valor del regalo que él entregó por nosotros. Mientras más valioso sea el regalo que él dio, más podemos ver su amor por nosotros.

Dios dio a su Hijo unigénito. Él tiene a otros seres que llama “hijos”, pero sólo tiene a un Hijo unigénito. Podemos ser “hijos de Dios” por adopción (Romanos 8:14), los ángeles son “hijos de Dios” por creación (Job 1:6; 2:1), pero Jesucristo es el único Hijo unigénito de Dios. Lo que coloca a Jesucristo aparte de todo lo demás en el universo, y por lo que conocemos el amor de Dios por nosotros, es el hecho de que fue engendrado. Esto lo coloca en la relación más íntima posible con Dios.

Por experiencia de primera mano, Dios sabe cual es la posesión más valiosa que una persona puede tener. Sabe que nada es más valioso para una persona que un hijo a quien ama. Fue precisamente en esta area que Dios puso a prueba el amor y la lealtad de Abraham cuando le pidió que ofreciera en sacrificio a su amado hijo Isaac (Génesis 22:1-12). La disposición de Abraham a obedecer la orden de Dios demostró que amaba a Dios de todo corazón. Demostró que estaba dispuesto a renunciar a todo lo que tenía por amor a Dios.

Lo mismo sucede con Dios. Cuando él dio a su Hijo unigénito, demostró que estaba dispuesto a renunciar a toda posesión, a sufrir cualquier dolor, y soportar cualquier dificultad para salvar a los que ama. Esto es lo que Pablo quiso decir cuando dijo: “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas? (Romanos 8:32).

Juan escribió: “¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios?” (1 Juan 5:5). Juan subrayó la importancia de creer que Jesús es el Hijo de Dios. Sin esta creencia, no podemos vencer al mundo. ¿Por qué es tan importante creer que Jesús es el Hijo de Dios? ¿Y si creemos que Jesús es el amigo de Dios? ¿No es eso suficiente? ¿Y si

creemos que Jesús es el primo de Dios, o su tío? ¿Habría alguna diferencia en nuestra capacidad para vencer al mundo?

Supongamos que yo dijera: “Te amo tanto, que voy a enviar a mi amigo, Frank, para que muera por ti”. ¿Qué pensarías? Probablemente, me preguntarías: Si me amas tanto, ¿por qué no vienes y mueres por mí tú mismo en lugar de enviar a tu amigo para que lo haga? Pero si yo te dijera: “Te amo tanto que voy a enviar a mi hijo para que muera por ti”, tu sabrías que mi amor es verdadero.

Amigos míos, Dios realmente quiere decir lo que expresa en su palabra. Él dice que dio a su Hijo unigénito. Si Jesucristo no era el Hijo unigénito de Dios antes de que él lo enviara al mundo, entonces, ¿qué dio el Padre? Muchos creyentes sinceros creen que Jesucristo es un compañero del Padre exactamente igual y de la misma edad. Si esto fuera cierto, entonces, ¡todo lo que el Padre dio fue un amigo, un compañero! Si así fuese, entonces el que más nos ama es Cristo, porque fue él quien murió por nosotros voluntariamente.

Es verdad que Jesús nos ama mucho, y alabamos y damos gracias por ese amor. Sin embargo, la Biblia enseña que Dios, el Padre, sufrió tremendamente mientras su Hijo sufría bajo el peso de nuestros pecados. (Comparar Salmos 18:4-11 con Mateo 27:45-51). En el relato de Abraham y su hijo Isaac, fue obviamente el padre, Abraham, el que sufrió más cuando entregó a su amado hijo. Jesús dijo: “El Padre mismo os ama” (Juan 16:27). Juan escribió: “Mirad cuál amor nos ha dado el Padre” (1 Juan 3:1). No podemos contemplar el amor del Padre si no sabemos lo que dio por nosotros. Juan afirmó: “En esto se mostró el amor de Dios para con nosotros, en que Dios envió a su Hijo unigénito al mundo, para que vivamos por él” (1 Juan 4:9). Dios sólo tiene un Hijo unigénito al que voluntariamente entregó para que tus pecados te fueran perdonados y pudieras vivir por la eternidad. ¡Alabado sea Dios por un amor tan maravilloso!

Nuestro amor está relacionado directamente con nuestra capacidad de ver su gran amor por nosotros. Es por eso que Juan subrayó que tenemos que creer que Jesús es el Hijo de Dios para vencer al mundo. Si tu crees que Jesús es el amigo, primo, tío o cualquier otra persona diferente del Hijo de Dios, tu percepción del amor de Dios disminuye con esa creencia. Tu capacidad para amar a Dios se reducirá en proporción a la cantidad a la que se reduce tu percepción de su amor por ti.

Creer que Jesús es el Hijo unigénito de Dios nos permite vencer al mundo al elevar nuestra percepción del amor de Dios y capacitarnos para amarlo con todo nuestro corazón. Juan explicó: “Nosotros le amamos porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

El fundamento de la Iglesia

El hecho de que Jesús es el Hijo de Dios es tan importante que Jesús dijo que él construiría su iglesia sobre esta verdad. Un día, Jesús preguntó a sus discípulos: “¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre? Ellos dijeron: Unos, Juan el Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas. Él les dijo: Y vosotros, ¿quién decís que soy yo? Respondiendo Simón Pedro, dijo: **Tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente**¹. Entonces le respondió Jesús: Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás, porque no te lo reveló carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos. Y yo también te digo, que tú eres Pedro, y **sobre esta roca edificaré mi iglesia**; y la puertas del Hades no prevalecerán contra ella” (Mateo 16:13-18).

Observemos, que el tema de esta conversación era la identidad de Jesús. Cuando él dijo “sobre esta roca edificaré mi iglesia”, no se refería a Pedro como la roca, sino a la verdad de que Jesús es el Hijo de Dios. Sobre esta verdad, dijo Jesús, “edificaré mi iglesia”. Esto es obviamente una verdad muy importante, la verdad sobre la cual está edificada la iglesia de Dios.

El apóstol Pedro, que vivió con Jesús y escuchó sus mensajes de primera mano, incluyendo las muchas cosas que él dijo que no están registradas, exclamó: “Y nosotros hemos creído y conocemos que tú eres el Cristo, el Hijo del Dios viviente” (Juan 6:69). Los discípulos de Cristo también exclamaron: “Creemos que has salido de Dios” (Juan 16:30).

Inmediatamente después de que Pablo aprendió el evangelio directamente de Cristo mismo, “enseguida predicaba en las sinagogas, diciendo que éste era el Hijo de Dios” (Hechos 9:20).

Inmediatamente después de que Felipe predicó el evangelio al eunuco, en respuesta a la petición del nuevo creyente de ser bautizado, él respondió: “Si crees de todo corazón, bien puedes. Y respondiendo, dijo: Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios” (Hechos 8:37).

Marta, una amiga cercana de Jesús, que oyó muchas de sus enseñanzas, le dijo: “Sí, Señor; yo creído que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios, que has venido al mundo” (Juan 11:27).

Nataniel, de quien Cristo dijo que “no hay engaño en él”, le dijo a Jesús: “Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el Rey de Israel” (Juan 1:47, 49).

Cristo dijo: “Entre los que son nacidos de mujeres, no hay mayor profeta que Juan el Bautista” (Lucas 7:28). Juan testificó: “Y yo le vi, y he dado testimonio de que éste es el Hijo de Dios” (Juan 1:34).

¹ Las negritas en los diferentes versículos bíblicos a lo largo de este documento son del autor.

De todos los testigos, el mayor es Dios, el Padre mismo. Dos veces habló desde el cielo diciendo: “Éste es mi Hijo amado” (Mateo 3:17; 17:5). Y sabemos que Dios “no puede mentir” (Tito 1:2).

Estoy persuadido que debo estar de parte de los fieles testigos de la Biblia, quienes proclamaron que Jesucristo es verdaderamente Hijo de Dios. Esta es una verdad vital que debemos creer antes de que podamos conocer verdaderamente la profundidad del amor de Dios (Efesios 3:16-19).

La divinidad de Cristo

Una singular cualidad de los seres divinos, es que son dignos de adoración. Es peligroso y pecaminoso adorar a alguien que no sea Dios. Hay unos pocos ejemplos de personas que ignorantemente intentaron adorar a los siervos de Dios. Notemos la respuesta dada cada vez que ocurrió esto: “Cuando Pedro salió, salió Cornelio a recibirle, y postrándose a sus pies, adoró. Mas Pedro le levantó, diciendo: Levántate, pues yo mismo también soy hombre” (Hechos 10:25, 26). Esta es la respuesta correcta para el pueblo de Dios.

Juan trató de adorar a un ángel en dos ocasiones. Él escribió: “Yo Juan soy el que oyó y vio estas cosas. Y después que las hube oído y visto, me postré para adorar a los pies del ángel que me mostraba estas cosas. Pero él me dijo: Mira, no lo hagas; porque yo soy consiervo tuyo, de tus hermanos los profetas y de los que guardan las palabras de este libro. Adora a Dios” (Apocalipsis 22:8, 9). Por medio de estos ejemplos, vemos que los fieles siervos de Dios, ya sean seres humanos o angélicos, rehusan recibir adoración de cualquier otro ser.

Hay un relato de alguien que recibió adoración en Josué capítulo 5. Dice: “Estando Josué cerca de Jericó, alzó sus ojos y vio un varón que estaba cerca de él, el cual tenía una espada desenvainada en su mano. Y Josué, yendo hacia él, le dijo: “¿Eres de los nuestros, o de nuestros enemigos? Él respondió: No; mas como Príncipe del ejército de Jehová he venido ahora. Entonces Josué, postrándose sobre su rostro en tierra, le adoró; y le dijo: ¿Qué dice mi Señor a su siervo? Y el Príncipe del ejército de Jehová respondió a Josué: Quita el calzado de tus pies, porque el lugar donde estás es santo. Y Josué así lo hizo” (Josué 5:13-15).

Josué se encontró con alguien que se identificó como “Príncipe del ejército de Jehová”. Esta persona no era Jehová, no era el Padre mismo, sino más bien su Príncipe. Y cuando Josué se inclinó para adorarle, el capitán no sólo permitió que lo adorara, sino que le ordenó a Josué que se quitara el calzado porque el lugar en que estaba era santo. No le dijo a Josué que estaba adorando lo suficiente, sino por el contrario, que era necesario que mostrara más respeto. La única otra vez en la Biblia que se pidió a alguien

que se quitara el calzado porque el suelo en que estaba era santo fue cuando Moisés estuvo delante de la zarza ardiente.

Así, pues, ¿quién era este ser magnífico que se le apareció a Josué? No era Dios, el Padre, porque “a Dios nadie le vio jamás” (Juan 1:18). Esta persona se identificó como el capitán de la hueste del Señor, no el Señor mismo. El hecho de que este ser permitió adoración, y hasta exigió más reverencia, prueba que no podía ser un ser angelical ni un mero ser humano. Además, se dice que esta persona era el capitán de los ángeles del Señor. Jesús es comandante de los ángeles (Mateo 13:41). La única persona que podía ser es Jesucristo, el Hijo de Dios. Él es digno de adoración, y hasta Dios, el Padre, ordenó que sus ángeles adoraran a su Hijo. “Cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenles todos los ángeles de Dios” (Hebreos 1:6). Jesús dijo: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio lo dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Juan 5:22, 23). Se nos ordena honrar y adorar al Hijo.

Problemas con la adoración

Jesús estableció un importante principio acerca de la adoración cuando le dijo a la mujer samaritana: “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:23). Es importante que adoremos a Dios correctamente.

Un aspecto importante de la adoración es la alabanza. A través de toda la Biblia, hay muchos ejemplos de personas que adoran a Dios acompañadas por alabanzas y exaltación por medio de la palabras hablada. Por ejemplo, Juan registró cómo se conduce la adoración en el cielo. “Y miré y oí la voz de muchos ángeles alrededor del trono, y de los seres vivientes, y de los ancianos; y su número era millones de millones, que decían a gran voz: El Cordero que fue inmolado es digno de tomar el poder, las riquezas, la sabiduría, la fortaleza, la honra, la gloria y la alabanza. Y a todo lo creado que está en el cielo y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: Al que está sentado en el trono, y al Cordero, sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:11-13).

Aquí los verdaderos adoradores en el cielo alaban al Cordero diciendo que fue muerto para recibir poder, riquezas, sabiduría, etc. Nótese la claridad de la distinción que estos adoradores hacen entre el Padre y el Hijo. No alaban al que se sienta en el trono diciendo que fue muerto o que murió. Tampoco dicen que el que se sienta en el trono recibió riquezas. Este tipo de adoración no sería verdadera adoración porque no sería “en verdad”. Sin embargo, al Cristo, al Cordero, le atribuyen alabanza por su muerte, y

dicen que es digno de recibir riquezas, algo que el Padre no podría recibir, porque ya posee todo. El Padre dijo que él “designó” a su Hijo para que fuera “heredero de todas las cosas”. Un heredero recibe cosas de alguien más. Jesús testificó: “Yo la he recibido de mi Padre” (Apocalipsis 2:27). Sería impropio e incorrecto afirmar que el Padre recibió riquezas de alguien más.

En su deseo de demostrar honor y respeto hacia Jesús, muchos han ido al extremo de adorarle a expensas del Padre. Sus himnos y alabanzas están llenos de confusa terminología, como la que dice “te damos gracias, Dios altísimo por haber venido a morir por nosotros”. O “el Dios inmortal murió por nuestros pecados”, o afirmaciones similares que oscurecen la distinción entre el Padre y su Hijo. Debemos adorar al Hijo como al Hijo de Dios, no como al “Dios Altísimo”. Nótese cómo adoraban a Jesús los discípulos: “Entonces los que estaban en la barca vinieron y le adoraron, diciendo: Verdaderamente eres Hijo de Dios” (Mateo 14:33). Sus discípulos no estaban confundidos acerca de su identidad, ni su adoración incluía frases confusas y contradictorias sobre su identidad. Dijeron claramente que Jesús es el Hijo de Dios.

Hay un número significativo de himnos que contienen afirmaciones incorrectas acerca del Padre y su Hijo. A veces, sin pensarlo, repetimos estos dichos sin darnos cuenta de que no estamos diciendo la verdad. Ha habido varias ocasiones en que, mientras canto himnos, he tenido que detenerme para no pronunciar ciertas palabras, porque sé que no son verdaderas. Deberíamos abstenernos de adorar a Dios o a Cristo de manera incorrecta.

El Hijo engendrado de Dios

Jesús proclamó: “¿Yo dije soy Hijo de Dios”? (Juan 10:36) Él dijo que es “el unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). La palabra engendrado significa literalmente nacido. Jesús dijo: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:26). De acuerdo con su propio testimonio, Jesús es realmente el unigénito Hijo de Dios y literalmente recibió la vida de su Padre. Pablo explicó de Jesús: “Él es la imagen del Dios invisible, el primogénito de toda creación” (Colosenses 1:15). *Barnes New Testament Notes* dice: “la palabra unigénito – protokos – significa correctamente el primogénito de un padre o de una madre”. El *Comentario de Jamieson, Fausset, Brown* dice: “Engendrado (literalmente ‘nacido’) antes de toda criatura”. El *Thayer’s Greek Lexicon* dice: “Cristo es llamado el primogénito de toda creación, que llegó a la existencia por medio de Dios antes del universo entero de las cosas creadas”.

Jesucristo es llamado “la imagen de Dios”, “la imagen expresa de su persona” (2 Corintios 4:4; Colosenses 1:15; Hebreos 1:3). Una imagen nunca

es el original, sino siempre una semejanza o un duplicado del original. Cristo es el Hijo de Dios y, por lo tanto, la imagen expresa de su Padre. Sería incorrecto decir que el Padre es la imagen de su Hijo porque el Padre es el original. De la misma manera, sería incorrecto referirnos a Cristo como al Dios verdadero y original, puesto que él es la imagen del Dios verdadero.

Miqueas escribió de Jesús: “Pero tú, Belén Efrata, pequeña para estar entre las familias de Judá, de ti me saldrá el que será Señor en Israel; y sus salidas son desde el principio, desde los días de la eternidad” (Miqueas 5:2). La *Revised Standard Version* lo traduce así: “Cuyos orígenes son desde el principio, desde los días de la antigüedad”. El origen del Hijo de Dios se remonta a los días de la eternidad.

En el primer versículo de Proverbios ocho, dice que la sabiduría está hablando. ¿Quién es la sabiduría? El versículo 8 nos dice que tiene boca y habla, y el versículo 17 dice que ama. Pablo escribió: “Mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios” (1 Corintios 1:24). “Mas por él estáis vosotros en Cristo Jesús, el cual nos ha sido hecho por Dios sabiduría, justificación, y redención” (1 Corintios 1:30). Cristo es Sabiduría, y está hablando en Proverbios capítulo ocho.

Él dice: “Antes de los abismos fui engendrada; antes que fuesen las fuentes de las muchas aguas. Antes que los montes fuesen formados, antes de los collados, ya había sido yo engendrada” (Proverbios 8:24, 25). La *Bible in Basic English* de 1965, dice: “Cuando no había abismo, fui dada a luz, cuando no había fuentes fluyendo con agua. Antes que los montes fueron puestos en su lugar, antes de los cerros, fue mi nacimiento”.

La palabra hebrea הוּלַלְתִּי, que fue traducida como “nací”² es un verbo. Los verbos hebreos pueden hallarse en muchas formas diferentes. En el Antiguo Testamento, este verbo en particular se usa en seis formas. Ellas son *Qal*, *Polel*, *Pulal*, *Hophal*, *Hithpolel*, y *Hithpalpel*. Dependiendo de la forma que se ha usado para este verbo, el significado de la palabra puede cambiar completamente. Por ejemplo, cuando este verbo hebreo הוּלַלְתִּי se usa en la forma *Qal*, significa “danzar, torcerse, retorcerse, girar” (*Brown-Driver-Brigg’s Hebrew Lexicon*). A partir del contexto, es obvio que esta definición no se aplicaría en Proverbios 8:24, 25, y no podría aplicarse porque, en estos versículos, se ha usado la palabra hebrea הוּלַלְתִּי, en la forma *Pulal*. La definición para la forma *Pulal* es la única definición que se puede aplicar aquí. Esta definición es como sigue: “hacer que se

² La versión RV1960, dice “fui engendrada”. La NBLH dice lo mismo, pero aclara en una nota de pie de página, “Proverbios 8:24” Lit nació” N del T.

retuerza, hacer que nazca,” (*Brown-Driver-Brigg’s Hebrew Lexicon*). Este verbo en esta forma sólo se usa en tres lugares en la Biblia, y aquí están los otros dos lugares donde se usa: “¿Naciste tú primero que Adán? ¿O fuiste formado antes que los collados? ¿O fuiste formado [Hebreo: הוּלַלְתִּי, en la forma *Pulal*] antes que los collados?” (Job 15:7). “He aquí, fui formado [Hebreo הוּלַלְתִּי, en la forma *Pulal*] en iniquidad; y en pecado me concibió mi madre” (Salmos 51:5). Como podemos ver claramente, el término “fui engendrada” en Proverbios 8:24, 25 sólo puede significar algo que sea engendrado, o nacido.

Continuemos con el resto de los versículos en Proverbios capítulo ocho y aprendamos más acerca de las características de la Sabiduría.

“No había aún hecho la tierra, ni los campos, ni el principio del polvo del mundo. Cuando formaba los cielos, allí estaba yo; cuando trazaba el círculo sobre la faz del abismo; cuando afirmaba los cielos arriba, cuando afirmaba las fuentes del abismo; cuando ponía al mar su estatuto, para que las aguas no traspasasen su mandamiento; cuando establecía los fundamentos de la tierra, con él estaba yo ordenándolo todo, y era su delicia de día en día, **teniendo solaz delante de él en todo tiempo**. Me regocijo en la parte habitable de su tierra; y mis delicias son como los hijos de los hombres. Ahora, pues, hijos, oídme, y bienaventurados los que guardan mis caminos. Atended el consejo, y sed sabios, y no lo menospreciéis. Bienaventurado el hombre que me escucha, velando a mis puertas cada día, aguardando a los postes de mis puertas. *Porque el que me halle, hallará la vida*, y alcanzará el favor de Jehová. Mas el que peca contra mí, defrauda su alma; todos los que me aborrecen aman la muerte” (Proverbios 8:26-36).

El orador aquí dice que él estaba con el Señor y era su delicia de día en día, y se regocijó siempre delante de él. Esta es una persona verdadera. Luego dice: “El que me halla a mí halla la vida”. Juan escribió: “El que tiene al Hijo, tiene la vida; y el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 Juan 5:12). Jesucristo es el que habla acerca de sí mismo en Proverbios capítulo ocho. Él es ciertamente el Hijo de Dios, tal como Juan escribió: “el Señor Jesucristo, el Hijo del Padre, en verdad y en amor (2 Juan 1:3).

Por definición, los términos Padre e Hijo indican la existencia de uno antes que la del otro. Es así como lo entendieron los israelitas. En el libro de Proverbios, leemos: “¿Quién subió al cielo, o descendió? ¿Quién cerró los vientos en sus puños? ¿Quién ató las aguas en un paño? ¿Quién afirmó todos los términos de la tierra? ¿Cuál es su nombre, y el nombre de su Hijo, si sabes?”

Incorrectamente, algunos han llegado a la conclusión de que Dios usó los términos “Padre” e “Hijo” para hacer comprender a nuestras débiles mentes una relación divina (no del Padre y el Hijo) que ellos no habrían podido explicar en nuestro idioma. Para llegar a esta conclusión, tendríamos que suponer que Dios por casualidad se tropezó con esta extraña clase de seres que tiene un extraño lenguaje y una extraña manera de reproducirse, y que luego tuvo que luchar para hacerse entender por estas extrañas criaturas. Tendríamos que olvidar que Dios creó nuestro idioma y diseñó nuestra manera de reproducirnos, después de que ya había tenido un Hijo. Dios nos diseñó con la capacidad de tener hijos, y luego exclamó de Jesús: “Este es mi Hijo amado...” (Mateo 3:17; 17:5). Dios habla en serio cuando dice, aun en relación con nuestras relaciones humanas de padre e hijo, que él nos diseñó a su propia imagen.

Según la Biblia, Jesucristo fue engendrado, lo que literalmente significa nacido, antes de cualquier cosa creada – mucho antes de que Dios lo enviara al mundo. (Véase Hebreos 1:1-9; Colosenses 1:15; Juan 3:16,17; 18:37, y 1 Juan 4:9). Cómo fue engendrado, no nos toca a nosotros saberlo, pero Dios quiere que sepamos que él y su Hijo tienen una estrecha, genuina relación de padre a hijo que no es solamente un papel o un acto.

Verdaderamente Hijo de Dios

Negar que Jesús es verdaderamente el Hijo de Dios es anticristiano porque niega la piedra angular misma del evangelio. La buenas nuevas de que Dios nos ama lo suficiente como para enviar a su Hijo a morir por nosotros no significarían nada si negamos que Jesús es el Hijo de Dios.

Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos” (Juan 10:30). Esto ha hecho que muchos se confundan y piensen que Jesús es el Padre, o que de alguna manera está unido a él de modo que el Padre y el Hijo son un ser compuesto. Pero no es necesario llegar a esta conclusión errónea. Leer el contexto nos ayuda. Jesús dijo: “Yo y el Padre uno somos. Entonces los judíos volvieron a tomar piedras para apedrearle. Jesús les respondió: Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre; ¿por cuál de ellas me apedreáis? Le respondieron los judíos: Por buena obra no te apedreamos, sino por la blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios. Jesús les respondió: ¿No está escrito en vuestra ley: Yo dije, dioses sois? Si llamó dioses a aquellos a quienes vino la palabra de Dios (y la Escritura no puede ser quebrantada), al que el Padre santificó y envió al mundo, vosotros decís: Tú blasfemas, porque dije: Hijo de Dios soy?” (Juan 10:30-36). Jesús negó la acusación de afirmar que era Dios, señalando que su afirmación era meramente la de ser Hijo de Dios.

Evidentemente, los judíos entendieron sus palabras, porque cuando él fue

finalmente acusado de blasfemia y condenado a muerte, la acusación era que afirmaba ser Hijo de Dios.

Cuando fue llevado ante Caifás, dice la Biblia que “Jesús guardó silencio. Y el sumo sacerdote le dijo: Te conjuro por el Dios viviente, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios” (Mateo 26:63). El relato de Lucas dice: “Dijeron todos: ¿Luego eres tú el Hijo de Dios? Y él les dijo: Vosotros decís que lo soy. Entonces ellos dijeron: ¿Qué más testimonio necesitamos? Porque nosotros mismos lo hemos oído de su boca” (Lucas 22:70, 71). Después de esto, Jesús fue llevado ante Pilatos, y cuando Pilatos dijo que no hallaba falta en él, “los judíos le respondieron: Nosotros tenemos una ley, y según nuestra ley debe morir, porque se hizo a sí mismo Hijo de Dios” (Juan 19:7).

En la crucifixión, la multitud burlona decía: “Confió en Dios; líbrele ahora si le quiere, porque ha dicho: Soy Hijo de Dios” (Mateo 27:43). Naturalmente, las más fuertes acusaciones sobre Cristo vendrían de los que lo condenaron a muerte. Todos ellos decían que su afirmación era ser Hijo de Dios. Esto es exactamente lo que Jesús dijo que era (Mateo 26:63, 64; Lucas 22:70, 71).

Conclusión

Algunos creen que Dios está más allá de la posibilidad de tener un Hijo, pero Jesús dijo: “Para Dios todo es posible” (Marcos 10:27).

La Biblia se refiere a Cristo como Hijo de Dios por lo menos 120 veces. La Biblia hace esto usando la frase “Hijo de Dios” cuarenta y siete veces. En relación con la legitimidad de la condición de Cristo como Hijo, es llamado “unigénito” cinco veces, “primogénito” tres veces, “primer engendrado” una vez, y el “hijo santo” de Dios dos veces. Cuatro veces se dice que “procedió de”, “salió de” o “vino del” Padre. La evidencia sobre este tema es abrumadora. Cristo es verdaderamente el Hijo engendrado de Dios literalmente, nacido del Padre antes de toda creación. Si Dios esperaba que creyéramos algo diferente, hizo un mal trabajo al presentarlo en la Biblia. De hecho, si Dios hubiese querido que creyéramos algo diferente, nos confundió a propósito al dejar en claro tantas afirmaciones indicando que Cristo es literalmente el Hijo engendrado de Dios. Para colmo, nos dejó sin la más ligera explicación para indicar que no debíamos tomar sus palabras en su significado común. Pero “Dios no es autor de confusión, sino de paz” (1 Corintios 14:33).

Cualquier escritor u orador público sabe que, cuando se usa una palabra o una frase que podría ser fácilmente malinterpretada, hay que dar explicaciones para evitar que la gente llegue a conclusiones erróneas. Sin embargo, a través de todo el Nuevo Testamento, dondequiera que dice que

Cristo es el unigénito Hijo de Dios, nunca hay ningún tipo de corrección ni explicación para que estas palabras no sean tomadas en su sentido natural. Jesús dijo que él es “el unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). Concerniente a otro tema, pero el principio puede ser aplicado con igual fuerza aquí, el declaró: “Si así no fuera, yo os lo hubiera dicho” (Juan 14:2).

Podrías estar pensando: “Yo siempre he creído que Jesús es el Hijo de Dios”. ¡Magnífico! También podrías estar preguntándote: “¿No creen todos los cristianos que Jesús es el Hijo de Dios?” La triste realidad es que la mayoría de los que profesan ser cristianos en realidad no creen que Jesús es el verdadero Hijo de Dios si se suscriben a las creencias de sus denominaciones.

Casi todos los cristianos afirmarán: “Jesús es el Hijo de Dios”, pero hay significados muy diferentes que van unidos a estas palabras. Por ejemplo, los Testigos de Jehová dicen que Jesús es el Hijo de Dios, pero, cuando se les pide que describan lo que eso significa, dirán que Jesús fue el primer ángel que Dios creó, y que no era diferente de Lucifer o cualquiera de los otros ángeles. Los católicos dirán que Jesús es el Hijo de Dios, pero cuando se les pide que expliquen, dirán que es parte de la misma sustancia de Dios, conectado a su ser tan completamente como un mellizo siamés, y que tiene la misma edad que su Padre. ¿Has visto alguna vez un Hijo como éste? Otros explicarán que Jesús es un compañero coeterno de Dios, a quien Dios declaró ser su Hijo, aunque en realidad no es su Hijo. Otros dirán que Jesús se convirtió en el Hijo de Dios cuando nació en Belén de la virgen María, y que no era Hijo de Dios en ningún otro sentido.

De una u otra manera, cada una de estas teorías niega que Jesús es el Hijo de Dios. La Biblia dice: “¿Quién es el mentiroso sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo. Todo aquel que niega al Hijo, tampoco tiene al Padre. El que confiesa al Hijo, tiene también al Padre” (1 Juan 2:22, 23). Debemos tener cuidado de no negar al Hijo de Dios, no sea que sustentemos un credo eclesiástico que no se enseña en la Biblia. Una negación del Hijo de Dios resultará en la incapacidad para vencer el mundo e inhibirá nuestra relación con Dios.

Muchos tienen un falso concepto de Dios que niega la verdadera condición de su hijo Jesucristo. No importa cuán fuertemente una persona trate de amar a un dios como éste. Nunca podrá amarlo con todo su corazón, con toda su alma, con todas sus fuerzas y con toda su mente. Esto es verdad porque el amor de Dios está erróneamente representado por todas las falsas teorías acerca de él, y sólo podemos amarlo viendo primero su amor por nosotros, como dice Juan: “Nosotros le amamos a él porque él nos amó primero” (1 Juan 4:19).

Dice la Biblia: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como por el Espíritu del señor” (2 Corintios 3:18). Si estamos contemplando a un dios que sólo nos ama lo suficiente como para representar un acto, para hacer ver que es alguien que no es realmente, entonces lo amaremos sólo lo suficiente como para representar un acto, para hacer ver que somos cristianos, cuando en realidad no lo somos.

Recordemos que no hay seguridad en la mentira, no importa cuán inocentemente sea creída. Pablo escribió sobre los que “creen una mentira”, y que serán “condenados los que no creyeron a la verdad, sino que se complacieron en la injusticia” (2 Tesalonicenses 2:11, 12). Además, hay que tener presente que la mayoría rara vez tiene la razón en cuestiones religiosas. Jesús dijo: “Ancha es la puerta y espacioso el camino que lleva a la perdición, y muchos son los que entran por ella; porque estrecha es la puerta, y angosto el camino que lleva a la vida, y pocos son los que la hallan” (Mateo 7:13, 14). Los concilios de los hombres y los credos artificiales que tan a menudo son estimados por los cristianos no son los estándares por medio de los cuales podemos determinar la verdad. Sólo hay un estándar, y solo uno, en que podemos confiar como guía infalible a la verdad, y es la Palabra de Dios. No debemos confiar en que el hombre nos guíe a la verdad, pues Dios dijo: “los gobernadores de este pueblo son engañadores, y sus gobernados se pierden” (Isaías 9:16).

Es mi oración que aceptes solamente las palabras sencillas “así ha dicho el Señor” como razón para todas tus creencias acerca del Hijo de Dios, y que aceptes realmente a Jesús por quien él mismo ha declarado ser: “el unigénito Hijo de Dios” (Juan 3:18). Oro para que esta verdad te abra las puertas de una ilimitada comunión con el gran Dios del cielo que entregó a su Hijo para que muriera por tus pecados. Ahora, “mirad cuál amor nos ha dado el Padre, para que seamos llamados hijos de Dios” (1 Juan 3:1).

El único Dios verdadero

Dios desea que las criaturas que fueron hechas a su imagen lo conozcan y que, como resultado, lo amen con todo el corazón. El mayor problema con las personas que no aprecian a Dios es que no lo conocen como realmente es. Juan escribió: “El que no ama, no ha conocido a Dios; porque Dios es amor” (1 Juan 4:8). Muchos tienen un distorsionado concepto del carácter de Dios, y esto hace que no aprecien ni amen a Dios como se merece.

El enfoque principal de los ataques de Satanás contra el reino de Dios ha sido difundir oscuridad sobre el carácter de Dios. Es a causa de su obra de diseminar mentiras acerca de Dios que muchos permanecen ignorantes del amor de Dios y rehusan aceptarle como el gobernante de sus vidas.

La oscuridad concerniente al carácter de Dios existe en grados variables en personas diferentes. Algunos tienen un concepto del amor de Dios que se acerca a sus verdaderos atributos y, por lo tanto, lo aman hasta donde les es posible con su limitada visión del amor de Dios. Sin embargo, su amor por Dios se ve estorbado por muchas falsedades concernientes a su carácter. Estos errores impiden que puedan amar a Dios con todo su corazón. En estas condiciones, su amor no puede ser “perfeccionado” (1 Juan 4:17).

Esta oscuridad no durará para siempre. Dios se manifestará a su pueblo, y por medio de él, a otros. Dirá: “Levántate, resplandece; porque ha venido tu luz, y la gloria de Jehová ha nacido sobre ti. Porque he aquí que tinieblas cubrirán la tierra, y oscuridad las naciones; mas sobre ti amanecerá Jehová, y sobre ti será vista su gloria. Y andarán las naciones a tu luz, y los reyes al resplandor de tu nacimiento” (Isaías 60:1-3).

La gloria del Señor es su carácter (Éxodo 33:18, 19). El carácter de Dios será revelado a su pueblo y ellos se transformarán a su imagen. Pablo escribió: “Por tanto, nosotros todos, mirando a cara descubierta como en un espejo la gloria del Señor, somos transformados de gloria en gloria en la misma imagen, como para el Espíritu del Señor” (2 Corintios 3:18). Contemplar el carácter de Dios como él lo revela en su palabra es esencial porque seremos transformados a la imagen de lo que contemplamos. Si contemplamos a un dios que es poco amoroso y cruel, entonces nos convertiremos en poco amorosos y crueles.

Nuestros caracteres están relacionados directamente con nuestra percepción del carácter de Dios. Es por esto que Jesús subrayó la importancia de conocer a Dios. Cuando oró a su Padre por nosotros, dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). Nuestra vida eterna descansa en conocer al único Dios verdadero y a su Hijo Jesucristo. Este es el conocimiento más importante que podemos tener. Pedro escribió: “Gracia y paz os sean multiplicadas, en el conocimiento de Dios y de nuestro Señor Jesús” (2 Pedro 1:2).

¿Sabes a quién adoras?

Jesús le dijo a la mujer samaritana, con la que se encontró en el pozo de Jacob: “Vosotros adoráis lo que no sabéis; nosotros adoramos lo que sabemos; porque la salvación viene de los judíos. Mas la hora viene, y ahora es, cuando los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad; porque también el Padre tales adoradores busca que le adoren” (Juan 4:22-24). En vez de reprocharle a esta mujer su ignorancia sobre la adoración, Jesús procuró elevar su comprensión de Dios y corregir su malentendido.

Jesús se incluyó a sí mismo cuando dijo: “Nosotros sabemos lo que adoramos”. ¿Sabías que Jesús adora a alguien? Él mismo lo dijo así, y luego explicó a quién adoraba. Dijo: “Los verdaderos adoradores adorarán al Padre en espíritu y en verdad”. Jesús adora a su Padre, junto con todos los “verdaderos adoradores”. Él adora a su Padre porque su Padre es su Dios. Inmediatamente después de la resurrección él le dijo a María: “No me toques, porque aún no he subido a mi Padre; mas vé a mis hermanos, y díles: Subo a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios” (Juan 20:17).

Jesús dijo a sus discípulos que su Dios es el mismo que el Dios de ellos. También les explicó que este Dios es el Padre. Él le aseguró a sus discípulos que su Padre es también nuestro Padre, y que su Dios es nuestro Dios.

Jesús prometió: “Al que venciere, yo lo haré columna en el templo de mi Dios, y nunca más saldrá de allí; y escribiré sobre él el nombre de mi Dios, y el nombre de la ciudad de mi Dios, la nueva Jerusalén, la cual descende del cielo, de mi Dios y mi nombre nuevo” (Apocalipsis 3:12).

Pablo escribió: “Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él” (Efesios 1:17).

Jesús les dijo que los verdaderos adoradores deben adorar al Padre “en espíritu y en verdad”. No es suficiente adorar a Dios en espíritu. También hay que adorarle en verdad. Adorar a Dios en espíritu significa hacer que

nuestro espíritu se involucre en la adoración. ¿Te has encontrado alguna vez cantando himnos mientras tu mente piensa en tu automóvil, tu casa, o un juego deportivo? En esas ocasiones, ¿podrías decir que estás adorando en espíritu? ¡No! Si tu corazón y tus pensamientos no están involucrados, entonces no es verdadera adoración.

¿Y si tu corazón está participando en la adoración, pero estás adorando a un ídolo? ¿Eres un verdadero adorador? ¡Ciertamente que no! Para ser un verdadero adorador, debes participar, no sólo con tu corazón y tu mente, sino que debes adorar en verdad, adorando al verdadero Dios. ¿Quién es el verdadero Dios a quien deben adorar los verdaderos adoradores? Jesús dijo: “Los verdaderos adoradores deben adorar al Padre en espíritu y en verdad”. ¿Estaba la mujer junto al pozo adorando a Dios en verdad? ¡No! Jesús dijo que ella no sabía qué adoraba. Es peligroso adorar a dioses extraños o desconocidos.

Pablo reprendió a los paganos en la colina de Marte porque tenían un altar con la inscripción: “AL DIOS NO CONOCIDO” (Hechos 17:23). Una adoración ignorante no es adoración verdadera. Dios reprendió a los israelitas diciendo: “Sacrificaron a los demonios, no a Dios; a dioses que no habían conocido, a nuevos dioses venidos de cerca, que no habían temido vuestros padres” (Deuteronomio 32:17). Aquí aprendemos que los demonios están realmente recibiendo adoración si nosotros adoramos a dioses que no conocemos. Pablo escribió: “Antes digo que lo que los gentiles sacrifican, a los demonios lo sacrifican, y no a Dios; y no quiero que vosotros os hagáis partícipes con los demonios” (1 Corintios 10:20).

La fusión del paganismo con el cristianismo

La Biblia profetizó que un poder mundanal aparecería en escena y haría cosas abominables, incluyendo el establecimiento de un dios falso (Ver Daniel capítulos 7, 8, 11 y Apocalipsis 13³).

Hablando del surgimiento de este poder, el ángel Gabriel le dijo a Daniel: “Y el rey hará su voluntad, y se engrandecerá sobre todo dios; y contra el Dios de los dioses hablará maravillas, y prosperará, hasta que sea consumada la ira; porque lo determinado se consumará. Del Dios de sus padres no hará caso, ni del amor de las mujeres; ni respetará a dios alguno, porque sobre todo se engrandecerá” (Daniel 11:36, 37).

Esta descripción es casi idéntica a la de Pablo en 2 Tesalonicenses 2:3, 4. Un estudio de Daniel 7, 8, y 11 revela que este poder es el papado. Observemos que Gabriel dice que, cuando el papado llegue al poder, ignorará al Dios de sus padres. En otras palabras, el Dios de Abraham, Isaac y

³ Para más información, leer *La Verdad Presente* de diciembre de 2008 en nuestro sitio web.

Jacob; el Dios de Pedro, Pablo, y los otros apóstoles sería despreciado por el papado. Gabriel continúa: “Mas honrará en su lugar al dios de las fortalezas más inexpugnables, y colmará de honores a los que le reconozcan, y por precio repartirá la tierra” (Daniel 11:38, 39).

Tal como está profetizado en la Biblia, cuando el papado llegó al poder, el “Dios de sus padres” fue despreciado y surgió un “dios extraño” al que sus “padres no conocían”. Esta profecía se cumplió al pie de la letra cuando Satanás inspiró al papado para que inventara y adoptara la doctrina de la Trinidad en el siglo cuarto.

La doctrina de la Trinidad no siempre fue parte de la religión de la corriente principal del cristianismo. En la página 21 del libro *Manual para el católico de hoy*, leemos: “El misterio de la Trinidad es la doctrina central de la fe católica. Todas las demás enseñanzas de la Iglesia se basan en ella... La Iglesia estudió este misterio cuidadosamente y, después de cuatro siglos de aclaración, decidió expresar la doctrina de este modo: en un solo Dios hay tres personas, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, realmente distintas entre sí” [249-256].

La doctrina central de la fe católica, que ellos admiten es de su propia formulación, es el “dios extraño” profetizado en Daniel 11:39. Este dios es tan raro que popularmente se le llama “un misterio”, y se les dice a sus adherentes que no se molesten en tratar de entender sus confusas contradicciones. Los que adoran a un misterioso dios extraño realmente “adoran lo que no conocen” (Juan 4:22 NBLH), como la mujer junto al pozo a quien Jesús amonestó para que adorara al Padre en espíritu y en verdad. Para adorar a Dios en verdad, debemos saber a quién estamos adorando.

¿Sabes a quién adoras? Yo he estado en iglesias donde lo mezclan todo. Dicen: “Te damos gracias, oh Padre, por haber bajado del cielo y muerto por nuestros pecados”. Oigo a la gente orarle a Jesús de esta manera y terminar la oración diciendo: “En el nombre de Jesús”. ¿Tiene sentido orar a Jesús en su propio nombre? Él es nuestro mediador, y nos dijo que oráramos al Padre en el nombre de Jesús (Lucas 11:2; Juan 16:23; Efesios 5:20). He oído a gente orar al Padre y terminar diciendo “en tu nombre”. La Biblia dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). Debemos orar a Dios, el Padre, en nombre de nuestro mediador, Jesucristo. Parecería que las personas que confunden la distinción y las posiciones del Padre y el Hijo no saben a quién están adorando, y por ende, no están adorando en verdad.

Distinción entre el Padre y el Hijo

Pablo escribió: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días

nos ha hablado por el Hijo, a quien constituyó heredero de todo, y por quien asimismo hizo el universo” (Hebreos 1:1, 2).

Dios designó a su Hijo para que fuera heredero de todo. Un heredero es “alguien que recibe su posesión asignada por derecho de su condición de hijo” (*Thayer’s Greek Lexicon*). Todo lo que el Hijo tiene, lo recibió de su Padre, incluyendo la vida misma. Jesús dijo: “Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:26).

Continuando en Hebreos, leemos: “el cual, siendo el resplandor de su gloria y la imagen misma de su sustancia, y quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder, habiendo efectuado la purificación de nuestros pecados por medio de sí mismo, se sentó a la diestra de la Majestad en las alturas” (Hebreos 1:3).

Una imagen es una semejanza del original. En este caso, Jesús es llamado “la imagen misma” de su Padre. El *Thayer’s Greek Lexicon* define la palabra griega usada aquí, como una “precisa reproducción en todos los aspectos”. Como Hijo de Dios, Jesucristo es la imagen o reproducción del Padre. Es imposible ser la imagen y el original al mismo tiempo. Se puede ser lo uno o lo otro, pero no ambos. ¿Sería correcto o apropiado decir que el Padre es la imagen del Hijo? No, y por eso nunca se menciona al Padre de esa manera, porque él es el original. La gente se me ha acercado diciendo: “Su hijo se ve muy semejante a ti”. Sería muy raro que una persona se me acercara y me dijera: “Te pareces a tu hijo”. ¿Por qué? Mi hijo es mi propia imagen, no al revés, porque yo nací primero.

Continuando, Pablo escribe: “Hecho tanto superior a los ángeles, cuanto heredó más excelente nombre que ellos” (Hebreos 1:4). Por el derecho de su condición de hijo, Jesucristo recibió un nombre más excelente que los ángeles. Los ángeles no son hijos literales, y por lo tanto, no reciben lo que Cristo naturalmente hereda porque él realmente es Hijo de Dios.

Pablo sigue diciendo: “Porque, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Mi Hijo eres tú, yo te he engendrado hoy, y otra vez, Yo seré a él Padre, y él me será a mí hijo?” Notemos el argumento que Pablo usa para distinguir a Jesús de los ángeles. Una y otra vez, Pablo arguye que Jesús es mejor porque es el Hijo de Dios, porque fue “engendrado”, porque es “la imagen misma” de su Padre, porque es “heredero de todas las cosas”, porque recibe naturalmente una “herencia” de su Padre.

Pablo escribe: “Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios. Ciertamente de los ángeles dice: El que hace a sus ángeles espíritus, y a sus ministros llama de fuego. Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es

el cetro de tu reino” (Hebreos 1:6-8). Aquí, Pablo nos está diciendo que Jesús es divino porque es realmente el Hijo de Dios. El lenguaje usado para subrayar esto es ineludible. Jesús es mejor que los ángeles porque nació del Padre, lo que no puede decirse de ninguno de los ángeles.

Cuando Pablo llega al punto en que Jesús es llamado Dios, escribe: “Mas del Hijo dice: Tu trono, oh Dios, por el siglo del siglo; cetro de equidad es el cetro de tu reino. Has amado la justicia, y aborrecido la maldad. Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Hebreos 1:8, 9). Como Hijo de Dios, Jesús es, por derecho de herencia, Dios por naturaleza. El verdadero Hijo de Dios no podría ser nada más ni nada menos que Dios por naturaleza.

Hay una ley en la naturaleza según la cual las criaturas sólo pueden tener descendencia “según su especie” (Génesis 1:24, 25). La descendencia de un perro es siempre un perro; la de una ave es siempre un ave, la de un ser humano es siempre un ser humano, y la descendencia de Dios, naturalmente es Dios. Es correcto y apropiado referirse a Jesucristo como a “Dios”, pues Dios, el Padre mismo, lo llama “Dios”. Pero, al mismo tiempo, el Padre deja bien claro que él es el Dios de su Hijo. Dice: “te ungió Dios, el Dios tuyo”. Jesús es Dios, pero tiene un Dios por encima de él que a la vez es su Padre.

Dios Padre continúa hablando a su Hijo: “Tú, oh Señor, en el principio fundaste la tierra y los cielos son obra de tus manos” (Hebreos 1:10). Dios dijo a su Hijo: “Hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza” (Génesis 1:26). Jesucristo participó junto con su Padre en la creación de todas las cosas. El Padre declara que los cielos son obra de las manos de su Hijo. La Biblia dice: “Entonces Jehová Dios formó al hombre del polvo de la tierra, y sopló en su nariz aliento de vida, y fue el hombre un ser viviente” (Génesis 2:7, ver también Juan 1:3, Colosenses 1:16).

Cuando Jesús estuvo en la tierra, fueron sus manos las que tocaron a los leprosos para darles salud, fueron sus manos las que tocaron los ojos de los ciegos para darles la vista. Fue su boca la que pronunció las palabras “sé limpio” para sanar a los enfermos. Pero, Jesús dijo, “las palabras que yo os hablo no las hablo por mi propia cuenta, sino que el Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10). Dios Padre fue el que ejerció su poder para sanar a los enfermos, pero eligió hacerlo por medio de las manos de su Hijo. Lo mismo ocurre con la creación. Una y otra vez, se le da crédito a Dios Padre por la creación, pero Jesús es el canal por medio del cual lo hizo todo. Aun al principio de este capítulo en Hebreos, dice que “Dios... hizo el universo” y que lo hizo “por medio” de “su Hijo” (Hebreos 1:1, 2). Pablo escribe: “Dios... creó todas las cosas por medio de Jesucristo” (Efesios 3:9).

Jesús es Dios y cooperó con su Padre en la creación de todas las cosas. Juan escribió de esto: “En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios, y el Verbo era Dios. Este era en el principio con Dios. Todas las cosas por él fueron hechas, y sin él nada de lo que ha sido hecho fue hecho” (Juan 1:1-3).

Aquí Jesús es llamado “Dios”, pero hay una clara distinción entre él y el “Dios” con quien él estaba. El Dios con el que estaba Jesús es Dios Padre. Jesús no era el mismo “Dios” con el que él estaba. Más bien, Jesús era Dios en el sentido de ser divino tal como su Padre. El Padre es Dios, así que, necesariamente, su Hijo es Dios por naturaleza. Generalmente, los eruditos bíblicos concuerdan en que la segunda vez que la palabra “Dios” se usa en Juan 1:1 se usa como “pronombre cualitativo” para describir las cualidades del “Verbo”. Harner dice que los pronombres “con un predicado anártrofo [sin artículo] que preceden al verbo son principalmente de significado cualitativo” (*The Journal of Biblical Literature*, Philip B. Harner, artículo “Pronombres Cualitativos con Predicados Anártrofos: Marcos 15:39 y Juan 1:1”). “La cláusula podría traducirse como ‘de la misma naturaleza que Dios’. Esta sería una manera de representar el pensamiento de Juan, como yo lo entiendo, de que ho logos [‘la palabra’], no menos que ho theos [‘el Dios’], tenía la naturaleza de theos” (*ibid.*⁴).

Atributos del Padre

Una lectura de la Biblia revela claras distinciones entre el Padre y el Hijo. La siguiente es una lista parcial que demuestra el poder del Padre y su autoridad sobre el Hijo:

El Padre:

- **Envió a su Hijo.**

“Y nosotros hemos visto y testificamos que el Padre ha enviado al Hijo, el Salvador del mundo” (1 Juan 4:14).

- **Dio a su Hijo una obra que hacer.**

Jesús dijo: “Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese” (Juan 17:4).

- **Ordenó a su hijo qué decir y qué hablar.**

Jesús dijo: “Porque yo no he hablado por mi propia cuenta; el Padre que me envió, él me dio mandamiento de lo que he de decir, y de lo que he de hablar” (Juan 12:49).

⁴ N del T: En otras palabras, el Verbo no era menos divino que Dios el Padre, porque tenía la misma naturaleza divina del Padre.

- **Dio a su Hijo potestad sobre toda carne.**

“Como le has dado potestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste” (Juan 17:2).

- **Otorgó autoridad a su Hijo.**

Jesús dijo que su Padre “... le dio autoridad de hacer juicio, por cuanto es el Hijo del Hombre” (Juan 5:27).

- **Dijo a su Hijo que se sentara a su diestra.**

“Pues, ¿a cuál de los ángeles dijo Dios jamás: Siéntate a mi diestra, hasta que ponga a tus enemigos por estrado de tus pies? (Hebreos 1:13).

- **Ungió a su Hijo.**

“Has amado la justicia y aborrecido la maldad. Por lo cual te ungió Dios, el Dios tuyo, con óleo de alegría más que a tus compañeros” (Hebreos 1:9).

- **Dio su espíritu a su Hijo.**

“Porque el que Dios envió, las palabras de Dios habla; pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3:34).

- **Dio a su Hijo que tuviera vida en sí mismo.**

“Porque como el Padre tiene vida en sí mismo, así también ha dado al Hijo el tener vida en sí mismo” (Juan 5:26).

- **Concedió a su Hijo todo poder en el cielo y en la tierra.**

“Y Jesús se acercó y les habló diciendo: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra” (Mateo 28:18).

- **Exaltó a su Hijo a lo sumo.**

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo...” (Filipenses 2:9)

- **Concedió a su Hijo un nombre que es sobre todo nombre.**

“Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:9).

- **Entregó todas las cosas en la mano de su Hijo.**

“El Padre ama al Hijo, y todas las cosas ha entregado en su mano” (Juan 3:35).

- **Dio todo el juicio a su Hijo.**

“Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio lo dio al Hijo” (Juan 5:22).

- **Es a quien Cristo estará sujeto por toda la eternidad.**

“Pero luego que todas las cosas le estén sujetas, entonces también el Hijo mismo se sujetará al que le sujetó a él todas las cosas, para que Dios sea todo en todos” (1 Corintios 15:28).

- **Es la cabeza de Cristo.**

“Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo” (1 Corintios 11:3).

- **Es el Dios de nuestro Señor Jesucristo.**

“Para que el Dios de nuestro Señor Jesucristo, el Padre de gloria, os dé espíritu de sabiduría y de revelación en el conocimiento de él” (Efesios 1:17).

En ningún caso hallamos que lo opuesto es verdadero. El Hijo nunca envió al Padre a ningún lugar. Nunca le dio al Padre ninguna obra que hacer, ni le ordenó lo que debía hablar. El Hijo nunca le otorgó al Padre poder ni autoridad. El Hijo nunca ungió a su Padre. Nunca le dio vida a su Padre. El Padre nunca ha estado sujeto al Hijo, ni lo estará nunca. El Hijo no es la cabeza del Padre, ni su Dios. La mayoría reconoce que el Padre tiene el rango más alto. El continuo intento de los trinitarios de hacer al Hijo absolutamente igual al Padre es virtualmente prueba de que no lo es. Los trinitarios nunca tratan de probar que el Padre es igual al Hijo. Es verdad que Jesús es igual al Padre en muchos aspectos, incluyendo su naturaleza, pero en cada uno de los aspectos mencionados en los versículos que anteceden, el Padre tiene la posición más alta. En realidad, el Padre es el único ser en la Biblia que recibe los títulos de “Altísimo” o “Supremo”.

Un hombre poseído fue a Jesús. “Y clamando a gran voz, dijo: ¿Qué tienes conmigo, Jesús, hijo del Dios Altísimo? Te conjuro por Dios que no me atormentes” (Marcos 5:7). En caso de que este hombre estuviese equivocado, tenemos una confirmación del ángel Gabriel, que dijo de Jesús: “Este será grande, y será llamado Hijo del Altísimo; y el Señor Dios le dará el trono de David su padre” (Lucas 1:32).

¿Cuántos Altísimos podemos tener? Si hay más de un Altísimo, entonces hemos acabado de eliminar al Altísimo, porque ahora tenemos un comité de Altísimos. Sólo puede haber un solo Altísimo.

Pablo escribió: “Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios la cabeza de Cristo” (1 Corintios 11:3). Al explicar la jerarquía, Pablo se detiene cuando llega a Dios. ¿Por qué? ¡Porque no puede subir más alto! El Padre es el Dios Altísimo, y es la cabeza de Cristo.

Títulos del Padre

- **Altísimo**
- **Supremo**
- **Sobre todos**
- **El único fuerte**
- **Anciano de días**
- **Mayor que todos**
- **Dios y Padre de todos**
- **Único Dios verdadero**
- **Señor del cielo y de la tierra**

El Padre es llamado “Anciano de días” en Daniel 7:9, 13, 22. Es el único al que se da este título en la Biblia. ¿Crees que hay una razón para esto? Dios está tratando de decirnos algo acerca de sí mismo. Él es de mayor edad que cualquier otro ser en el universo.

Pablo escribió del Padre: “Un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, por todos, y en todos” (Efesios 4:6). El Padre es el Altísimo, y como tal, es “sobre todos”.

De la oración final en la última cena, dice la Biblia: “Estas cosas habló Jesús, y levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha llegado; glorifica a tu Hijo, para que también tu Hijo te glorifique a ti; como le has dado postestad sobre toda carne, para que dé vida eterna a todos los que le diste. Y esta es la vida eterna: Que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:1-3).

Jesús llamó a su Padre “el único Dios verdadero”. La palabra griega *μονο* que fue traducida como “solamente” significa ‘solo’, [sin compañía], (*Thayer’s Greek Lexicon*). ¿Cuántos dioses verdaderos pueden existir si solamente hay uno?

La palabra griega *ἀληθινός* que fue traducida ‘verdadero’ significa “real, verdadero, genuino... contrasta realidades con apariencias o semblanzas”. Esta palabra distingue el original de las palabras parecidas. Se usa en Hebreos 8:2, donde dice que Cristo es “... ministro del santuario y del tabernáculo verdadero, que el Señor erigió, no el hombre. (Hebrews 8:2, NBLH). Pablo estaba distinguiendo el tabernáculo original que Dios erigió en el cielo, de la copia que Moisés erigió en la tierra.

Cuando Jesús llamó a su Padre “el único Dios verdadero”, no se estaba excluyendo a sí mismo de ser Dios, sino diciendo que su Padre es el único Dios original. Jesús es la imagen del Dios verdadero, pero no es el mismo Dios verdadero.

Conocer tanto al Padre como a su Hijo, Jesucristo, es vida eterna. Puede que te hayas preguntado por qué Jesús dejó a alguien fuera de esta ecuación. Si hay un tercer Dios llamado el “Espíritu Santo”, entonces no es necesario para tu salvación que lo conozcas, porque la vida eterna depende de conocer sólo al Padre y a su Hijo Jesucristo. (Estudiaremos sobre el Espíritu Santo en el siguiente capítulo).

Pablo escribió que debemos orar por todos porque Dios “quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad. Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:4, 5). Dios quiere que todos conozcan la verdad acerca de Dios, que hay un solo Dios y un mediador entre nosotros y Dios, Jesucristo.

Pablo también escribió: “Acerca, pues, de las viandas que se sacrifican a los ídolos, sabemos que un ídolo nada es en el mundo, y que no hay más que un Dios. Pues aunque haya algunos que se llamen dioses, sea en el cielo o en la tierra (como hay muchos dioses y muchos señores), para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él” (1 Corintios 8:4-6).

Pablo es muy enfático en este versículo. Dice: “Sólo hay un Dios”. Si hubiera dos o tres Dioses, ¿habría podido Pablo hacer esta afirmación sin mentir? ¡No! Hay un solo Dios, y Pablo no nos deja a oscuras acerca de la identidad de este único Dios. Dice: “Para nosotros, no hay sino un Dios, el Padre...”. El “único Dios” de la Biblia, aparte del cual “no hay otro”, es “el Padre”. Pablo deja muy claro este punto. Nadie necesita confundirse sobre esta cuestión. Pablo también señala que “todas las cosas” son **de o proceden** de él. El Padre es el origen de todas las cosas. Pablo luego señala que también hay “un Señor Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas”. Jesús es el canal por el cual fluyen todas las bendiciones. Él es separado y distinto del “único Dios” de la Biblia. En realidad, el término “único Dios” se usa siete veces en la Biblia (Malaquías 2:10; Marcos 12:32; Romanos 3:30; 1 Corintios 8:6; Efesios 4:6; 1 Timoteo 2:5; Santiago 2:19), y en cada caso se refiere exclusivamente al Padre.

Un día Jesús estaba razonando con los fariseos y saduceos. “Y acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es, y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas.

Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que éstos” (Marcos 12:28-31). Al responder a este escriba, Jesús comenzó por subrayar que hay un solo Dios.

“Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo es más que todos los holocaustos y sacrificios” (Marcos 12:32, 33). La respuesta de este escriba fue muy enfática y exclusiva al expresar que “hay un solo Dios, y no hay otro fuera de él”. Observemos que el escriba no dijo: “no hay otro fuera de ellos”. Usó el pronombre singular “él” porque se estaba refiriendo a un solo individuo. El pronombre singular se usa también en este caso en inglés, así como en griego y en la traducción aramea del griego. Cada vez que, en la Biblia, se usan pronombres para referirse al Padre y al Hijo juntos, siempre están en plural, como “nosotros”, “nuestro”, “ellos”. Nunca hay un caso en que se haga referencia a los dos juntos, usando pronombres en singular como “Yo”, “mí”, “él”, etc. Este escriba se refería a un solo individuo cuando dijo: “hay un solo Dios, y no hay otro fuera de él”.

Podemos estar seguros de a quién aludía este escriba al decir “un solo Dios”. En otra ocasión, cuando estaba razonando con los judíos, “respondió Jesús: Si yo me glorifico a mí mismo, mi gloria nada es; mi Padre es el que me glorifica, el que vosotros decís que es vuestro Dios” (Juan 8:54). Jesús sabía que, cuando un judío hablaba de Dios, se refería a su Padre. Jesús sabía que, cuando este escriba dijo: “hay un solo Dios, y no hay otro fuera de él”, estaba hablando específicamente de su Padre. Ahora bien, ésta habría sido una oportunidad perfecta para que Jesús lo corrigiera si estaba errado. Él podría haber dicho: “Bueno, en realidad hay tres dioses, y yo soy uno de ellos”. Pero Jesús no hizo esto. Dice la Biblia que, en lugar de eso, “Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle” (Marcos 12:34).

La Biblia es clara con respecto a la identidad de Dios y su Hijo unigénito. Notemos algunos hechos bíblicos acerca del Padre, el Hijo y el Espíritu Santo.

• Padre

“Dios Padre” 13 veces.

“El Altísimo” 6 veces.

“Dios Altísimo” 11 veces.

“El único Dios verdadero” una vez.

• Jesús

- El “unigénito” 5 veces.
- “Hijo de Dios” 46 veces.
- Su “primogénito” 4 veces.
- “Hijo santo” de Dios dos veces.
- El “primer engendrado” una vez.

• El Espíritu Santo

- El “Espíritu de Dios” 26 veces.
- “Espíritu de Dios” 9 veces.
- “Tu espíritu” 4 veces.
- “El Santo Espíritu de Dios” una vez.

En contraste con estos simples hechos bíblicos, examinemos algunas de las frases usadas por los trinitarios y veamos cómo son usadas en la Biblia.

• Frases trinitarias

- “Trinidad” 0 veces.
- “Dios trino” 0 veces.
- “Dios Hijo” 0 veces.
- “Tres personas” 0 veces.
- “Dios en tres personas” 0 veces.
- “Dios Espíritu Santo” 0 veces.

Conclusión

En todos los lugares donde se alude a Jesús en lenguaje que indica que él es el Hijo de Dios, nunca hay una explicación que revele que no deberíamos tomar estas palabras en su sentido natural. Mientras Jesús estuvo en la tierra, Dios habló desde el cielo en tres ocasiones, y en dos de esas ocasiones dijo de Jesús: “Este es mi Hijo amado ...”. Si Dios no esperaba que creyéramos exactamente lo que decía sobre su Hijo, ¿por qué no lo dijo? Tuvo muchas oportunidades para explicar que Jesús es realmente su acompañante o una emanación de sí mismo, como afirman la Trinidad y el triteísmo, pero dejó pasar cada una de esas oportunidades. Ni una sola vez nos dijo que Jesús es alguien diferente, o alguien más que el Hijo verdadero. Si Dios quería que creyéramos algo diferente de que Jesús es su Hijo verdadero, entonces hizo un mal trabajo al no explicarlo en las Escrituras, y hasta hizo muchas afirmaciones en la Biblia que sólo servirían para llevarnos a creer algo diferente de la verdad. Amigos, “Dios no es Dios de confusión” (1 Corintios 14:33). Dios quiere que creamos exactamente lo que él dijo sobre su Hijo. Si creemos cualquier otra cosa, estamos haciendo de Dios un mentiroso. “El que cree en el Hijo de Dios, tiene el testimonio en sí mismo; el que no cree a Dios, le ha hecho mentiroso, porque no ha creído en el testimonio que Dios ha dado acerca de su Hijo” (1 Juan 5:10).

El hecho de que Jesús es el Hijo de Dios es la doctrina más importante de la Biblia. Jesús dijo que él edificaría su iglesia sobre esta verdad (Mateo 16:13-18). Juan dijo que este era el punto primordial que él quería que captáramos de sus escritos (Juan 20:30, 31). Juan también dijo que creer que Jesús es el Hijo de Dios es la clave para vencer al mundo (1 Juan 5:5). Esta es la verdad que revela la belleza del amor de Dios (1 Juan 4:9, 10), y esta es la verdad que transformará nuestro carácter a la imagen de Dios (2 Corintios 3:18).

Me gustaría que pensaras en algo. Cuando las iglesias trinitarias buscan conversos en el mundo, nunca usan la doctrina de la Trinidad para convertir a los pecadores, sino que usan lo que ellas llaman una herejía, porque saben que tiene más poder para convertir a la gente que su amada doctrina de la Trinidad. Las iglesias trinitarias alrededor del mundo le dicen a los pecadores que Dios les ama tanto que envió a su Hijo para que muriese por sus pecados. Esto llega a los corazones de los potenciales conversos y pone poder en sus vidas para que puedan vencer el pecado. Pero, lamentablemente, después de que se han convertido e ingresado a la iglesia, les informan que Jesús no es realmente el Hijo de Dios, sino la segunda persona de la Trinidad, y que el Hijo no pudo morir por sus pecados porque Dios no puede morir. De este modo, la verdad que les dio poder al principio se elimina efizcamente, dejándolos con una forma de piedad sin el poder.

Si un trinitario se acercara a un pecador perdido para decirle: “Dios te ama tanto que envió a su acompañante al mundo para simular morir por ti”, sería completamente inútil. Además, posiblemente no convertiría el pecador al Señor. Jesús dijo: “La verdad os hará libres” (Juan 8:32). La verdad, no la mentira, es lo que convierte y libera a los hombres.

La mayoría de los teólogos admitirán que la Trinidad no se enseña explícitamente en el Antiguo Testamento. Algunos han hallado versículos que posiblemente podrían apoyar la idea, pero no se enseña claramente en ninguna parte del Antiguo Testamento. Este hecho es ilustrado por el pueblo judío el que, en general, rechaza cualquier forma de Trinidad como completamente ajena al Antiguo Testamento. Los judíos son estricta y enfáticamente monoteístas.

Nuevamente, la mayoría de los teólogos admitirán que la Trinidad no se enseña explícitamente en el Nuevo Testamento. Es verdad que hay versículos que se usan para apoyar la idea, pero la doctrina no está delineada en ninguna parte del Nuevo Testamento, y hay un vasto número de versículos que enseñan lo contrario. No fue sino hasta que la Iglesia Católica Romana comenzó a fundir el paganismo con el cristianismo que la doctrina “cristiana” de la Trinidad fue introducida en el mundo. Actualmente, la mayoría de las iglesias que creen en la Trinidad no usan el lenguaje de la Escritura para definir esta doctrina, sino que toman prestado el lenguaje de los padres católicos, o los credos de la Iglesia Romana para expresar la doctrina.

Piense en esto. Si la Trinidad es realmente la verdad que Dios quiere que creamos, él fracasó en comunicar su idea durante los primeros 4,000 años de la historia de la tierra. Grandes hombres de la antigüedad, como Noé, Abraham, Isaac, Jacob, José, Moisés, el rey David, Daniel, etc., todos ellos murieron sin el más ligero indicio de que Dios era una Trinidad. Enoc y Elías se fueron al cielo sin ver la muerte, aunque nunca oyeron decir que Dios es una Trinidad. La iglesia cristiana primitiva prosperó con millares de convertidos en un día, pero la Trinidad era ajena a ellos.

Cuatrocientos años después de que Cristo murió, abandonando la palabra de Dios, la Iglesia Católica, descubrió que Dios era una trinidad. Aprobando un gran error, audazmente proclamaron que Dios lo había dejado en claro por medio de formulas y credos por los que ellos votaron en los concilios de Nicea y Constantinopla, en los años 325 y 381 d. C. ⁵

Amigos, esto no habría podido ocurrir. El conocimiento esencial para la salvación fue revelado a Adán y Eva y conocido por el pueblo de Dios a través de cada generación; la Trinidad no fue parte de este conocimiento. Jesús mismo dijo que la vida eterna depende de conocer al único Dios verdadero y a Jesucristo, no a una trinidad. La única confesión doctrinal dada en la Biblia antes del bautismo fue: “Creo que Jesucristo es el Hijo de Dios” (Hechos 8:37). En muchas iglesias actuales, uno tiene que confesar creer en una Trinidad antes de bautizarse, lo cual no era parte del cristianismo primitivo. Poco después del Concilio de Nicea en 325 d. C, cuando la doctrina de la Trinidad estaba en sus primeras etapas de formación, un asombrado cristiano escribió:

“Mi Señor, nunca hemos oído hablar de dos seres no engendrados, ni de uno dividido en dos; ... sino de que hay uno no engendrado, y otro ciertamente de Él” (Carta escrita por Eusebio de Nicomedia, hallada en *An Historical View of the Council of Nice*, por Isaac Boyle, página 41. Este libro fue incluido en la edición de Baker Book House de *Eusebius' Ecclesiastical History*).

La doctrina de la Trinidad fue una sorpresa y un escándalo para el cristianismo primitivo. Desafortunadamente, es casi universalmente aceptada hoy día como verdad, aunque no se enseña en las Escrituras y sus confusas contradicciones no pueden reconciliarse.

Se nos exhorta a “contender ardientemente por la fe que ha sido una vez dada a los santos” (Judas 1:3), y la Trinidad no es parte de esa fe. Es ajena a la Escritura. Es un dios extraño que nuestros padres no conocieron.

Mi oración es que tengas “comunión... con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan 1:3). Te dejo con la salutación de Pablo: “Paz sea a los hermanos, y amor con fe, de Dios Padre y del Señor Jesucristo” (Efesios 6:23).

⁵ Para más información acerca de estos concilios, solicite el libro *La formulación de la doctrina de la trinidad*.

El Espíritu Santo de Dios

En los dos primeros capítulos, examinamos lo que la Biblia dice acerca de Dios Padre y su Hijo unigénito, Jesucristo. Aprendimos que “no hay sino un Dios, el Padre” (1 Corintios 8:6), que es “el único Dios verdadero” (Juan 17:3). También aprendimos que Dios tiene un Hijo verdadero, que es el “primogénito” de Dios, su “santo hijo” y “el unigénito Hijo de Dios” (Colosenses 1:15; Hechos 4:30, Juan 3:18).

Pero este no es el fin de la historia. Jesús prometió enviar “otro Consolador” (Juan 14:14). En el discurso final a sus discípulos, la noche antes de su muerte, Jesús habló de un don que les sería impartido para ayudarles después de su partida.

Jesús dijo: “Si me amáis, guardad mis mandamientos. Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre...” (Juan 14:15, 16). El propósito del don del Consolador es que él iba a morar con los discípulos para siempre. Ésta era una excelente noticia para ellos, porque se entristecieron cuando oyeron hablar de la pronta partida de Cristo. Jesús continuó su discurso, diciendo que enviaría “el espíritu de verdad, al cual el mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; pero vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:17).

Jesús dijo que el mundo no podía recibir el espíritu de verdad porque no lo veía ni lo conocía. El mundo no ve que el don del Espíritu está disponible, ni conoce la persona que es el Consolador.

Inmediatamente después de esta explicación, Jesús dijo algo alarmante a sus discípulos: “Pero vosotros le conocéis”. ¿Cómo podían los discípulos conocer el prometido “Consolador, el Espíritu Santo” (v. 26), si Jesús todavía no había orado pidiendo el don y evidentemente todavía no había sido dado? Juan dijo que “aun no había venido el Espíritu Santo porque Jesús aún no había sido glorificado” (Juan 7:39).

Jesús explicó: “Vosotros le conocéis, porque mora con vosotros, y estará en vosotros” (Juan 14:17). ¿Quién moraba con los discípulos? ¡Jesucristo! Jesús explicó que esta Persona que moraba con ellos pronto estaría en ellos. Ciertamente, sería mejor que el Consolador morase en los discípulos, no fuera de ellos. Eso es exactamente lo que Jesús dijo poco después. En el mismo discurso, él dijo: “Pero yo os digo la verdad: Os conviene que yo

me vaya; porque, si no me fuese, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me fuere, os lo enviaré” (Juan 16:7).

Jesús dijo que sus discípulos estarían mejor si los dejaba, iba al Padre y enviaba al Consolador para que morara en ellos. También señaló que la venida del Consolador dependía de su partida y su glorificación. Mientras Cristo viviera en la tierra como hombre, no era posible que el prometido Consolador viniera a morar en los discípulos.

Jesús no terminó su conversación en el versículo 17. A continuación dijo: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18). Esto arroja mucha luz sobre el tema. Explica por qué el Consolador no podía venir sino hasta que Cristo fuera a su Padre ser glorificado, porque Cristo dijo que él mismo regresaría a sus discípulos para consolarlos.

Continuemos leyendo el discurso de Cristo para ver cómo reforzó este punto. Dijo: “Todavía un poco, y el mundo no me verá más; pero vosotros me veréis; porque yo vivo, vosotros también viviréis. En aquel día vosotros conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros” (Juan 14:19, 20). Unos momentos antes, Jesús había dicho a sus discípulos que el Consolador “estará en vosotros”. Ahora, Jesús dice que, cuando viniera el Consolador, “sabréis que estoy en vosotros”. Jesús aseguró a sus discípulos que él no enviaría a alguien más para consolarlos, sino que él mismo vendría para ser su Consolador. ¿No es esto hermoso? Los discípulos habían llegado a ser amigos íntimos de Cristo; tan íntimos que Juan se sintió cómodo recostándose en su seno. Ahora Jesús comparte algunas noticias maravillosas. Él dice que, después de que él fuese a su Padre, regresaría a ellos como el Consolador, y ellos sabrían que era él quien moraba en ellos – reconocerían que la misma Persona que moraba con ellos, estaba ahora en ellos por medio de su Espíritu.

Después, Jesús dijo algo que hizo que uno de sus discípulos le preguntara cómo tendría lugar. Jesús dijo: “El que tiene mis mandamientos y los guarda, ése es el que me ama; y el que me ama, será amado por mi Padre, y yo le amaré, y me manifestaré a él. Le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros, y no al mundo? Respondió Jesús y le dijo: El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amaré, y vendremos a él y haremos morada con él”.

Muchos creen que, en Juan 14, Jesús estaba tratando de enseñar a sus discípulos que Dios es una trinidad, que el Espíritu Santo es un tercer miembro de la familia de Dios. Sin embargo, cuando se le pidió a Jesús que se explicara, no dijo nada parecido a “Dios es una trinidad de personas”. En vez de eso, Jesús dejó abundantemente claro que, después de que dejara el mundo, regresaría para hacer su morada en los corazones de sus discípulos. No sólo regresaría, sino que su Padre vendría con él, para que ambos

vivieran en los corazones de sus hijos, no físicamente, sino por medio del espíritu de Dios. De esta manera, los discípulos podrían tener íntima comunión y camaradería tanto con el Padre como con el Hijo. Juan subrayó esto cuando escribió: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros; y nuestra comunión verdaderamente es con el Padre, y con su Hijo Jesucristo” (1 Juan1:3).

Al principio del discurso de Jesucristo en la última cena, él dijo: “No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo habría dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros” (Juan 14:1, 2. Si la venida del Consolador fuera algo más que el Padre y el Hijo morando en el creyente, él nos lo habría dicho. Si Dios estuviera compuesto de tres personas, él nos lo habría dicho. Si el único Dios verdadero fuera alguien más que el Padre, Jesús nos lo habría dicho. En lugar de eso, al final de su discurso dijo que su Padre es “el único Dios verdadero” (Juan 17:3). Si Jesús hubiese querido que creyéramos que Dios es una trinidad, hizo un mal trabajo al explicarlo. Tuvo muchas oportunidades para aclarar que Dios es una trinidad, pero nunca lo hizo. No sólo no mencionó que Dios es una trinidad, sino que hizo afirmaciones una y otra vez que no están en armonía con esa doctrina. Si quería que creyéramos que Dios es una trinidad, hizo muchas afirmaciones que sólo servirían para confundir en vez de aclarar. Pero “Dios no es Dios de confusión” (1 Corintios 14:33). Jesús quiere que creamos que “uno es Dios, y no hay otro fuera de él”, “Dios Padre” que es “el único Dios verdadero” (Marcos 12:32; Juan 6:27; 17:3).

En varios otros versículos, Juan expresó la hermosa verdad de Dios, el Padre, y su Hijo, Jesucristo, viviendo en nosotros. Escribió: “Cualquiera que se extravía y no persevera en la doctrina de Cristo, no tiene a Dios; el que persevera en la doctrina de Cristo, ése sí tiene al Padre y al Hijo” (2 Juan 1:9). En 1 Juan 2:22, 23, escribió: “¿Quién es el mentiroso, sino el que niega que Jesús es el Cristo? Este es anticristo, el que niega al Padre y al Hijo”. Verdaderamente es una bendición tener comunión personal tanto con el Padre como con el Hijo, y estoy muy agradecido de que Dios haya puesto esa bendición a nuestra disposición.

El Consolador prometido

Cuando Jesús estaba a punto de ascender al cielo, ordenó a sus discípulos “que no se fueran de Jerusalén, sino que esperasen la promesa del Padre, la cual, les dijo, oísteis de mí” (Hechos 1:4). Jesús apuntó a sus discípulos hacia el día en que el Espíritu Santo sería derramado sobre ellos con gran poder. Él continuó diciendo: “Recibiréis poder cuando haya venido sobre

vosotros el Espíritu Santo, y me seréis testigos en Jerusalén, en toda Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra” (Hechos 1:8).

En el aposento alto en Jerusalén, los discípulos esperaron que el Espíritu fuera derramado, tal como había sido prometido. Cuando descendió, ellos predicaron el evangelio de Jesucristo con poder a los muchos judíos reunidos en Jerusalén. Concerniente al derramamiento del Espíritu, Pedro dijo: “A este Jesús resucitó Dios, de lo cual todos nosotros somos testigos. Así que, exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que vosotros veis y oís” (Hechos 2:32, 33).

El don que fue derramado en Pentecostés está disponible para nosotros en la actualidad, y podemos tenerlo si lo reconocemos y lo aceptamos. Pero el don del Espíritu Santo no siempre estuvo disponible de la misma manera. En realidad, la Biblia nos dice que Dios ha provisto algo mejor para nosotros que para los que vivieron antes de que Cristo viniera a esta tierra. Podemos leerlo en el capítulo 11 de Hebreos. Después de hacer un relato de la poderosa fe de los patriarcas y profetas del Nuevo Testamento, el capítulo termina diciendo: “Y todos éstos, habiendo obtenido aprobación (testimonio) por su fe, no recibieron la promesa, porque Dios había provisto algo mejor para nosotros, a fin de que ellos no fueran hechos perfectos sin nosotros” (Hebreos 11:39, 40 NBLH). ¡Qué maravilloso! Dios ha provisto para nosotros algo mejor que lo que proveyó para todos aquellos poderosos hombres y mujeres mencionados en Hebreos. Todos ellos murieron sin recibir la promesa del Consolador del cual habló Jesús en Juan 14 y Hechos 1.

Por favor, no me malinterpretes. Antes del día de Pentecostés, el Espíritu Santo actuaba en los corazones de la gente, ayudándoles a vencer el pecado. El patriarca David escribió: “No me eches de delante de ti, y no quites de mí tu santo espíritu” (Salmos 51:11). Esto muestra que el Espíritu Santo operaba antes de que Cristo viniera a la tierra. No sólo eso, sino que, para ser más específicos, la Biblia dice que el Espíritu de Cristo operaba en tiempos del Antiguo Testamento. Pedro escribió: “Los profetas que profetizaron de la gracia destinada a vosotros inquirieron y diligentemente indagaron acerca de esta salvación, escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:10, 11). El Espíritu de Cristo vivía en los profetas mucho antes del día de Pentecostés pero, de acuerdo con la Escritura, hubo algo especial acerca de la venida del Consolador en Pentecostés, algo diferente y mejor que lo que había sido derramado antes. Leamos acerca de este mejor don.

Algo mejor

En Hebreos 2:18, hallamos la clave que explica porque el derramamiento del Espíritu en Pentecostés fue algo mejor. Dice: “Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderoso para *socorrer* [ayudar] a los que son tentados”. ¡He aquí la respuesta! Esto es algo mejor, que está disponible para nosotros hoy día, y que no podría haber estado disponible para los profetas de la antigüedad. Aunque el Espíritu de Cristo vivía en los profetas, Cristo no había sido tentado todavía y, por lo tanto, no podía ayudarles de la misma manera en que puede ayudarnos ahora. En este versículo, la palabra “socorro” fue traducida de la palabra griega βοηθέω, que significa “asistir, aliviar, ayudar” y, como dice el *Thayer’s Greek Lexicon*, también significa “correr al oír el clamor de los que están en peligro”. ¡Me gusta esa definición! El versículo está diciéndonos que, porque Cristo ha sufrido siendo tentado, él puede venir a nosotros rápidamente para ayudarnos cuando clamamos a él pidiendo ayuda en nuestras tentaciones.

La Biblia dice: “Invócame en el día de la angustia; te libraré y tú me honrarás” (Salmos 50:15). Cuando la tentación no asedia, estamos en serios problemas, pero si invocamos al Señor pidiendo ayuda, él vendrá a rescatarnos inmediatamente y nos dará la victoria que tan desesperadamente necesitamos. Cristo puede hacer esto por nosotros de una manera en que no pudo hacerlo por los profetas antiguos porque, actualmente, él ya ha experimentado lo que significa ser tentado. Es por eso que Jesús es llamado el Consolador, “otro Consolador”. La palabra griega ἄλλον, que fue traducida como “otro” en este versículo, se utilizó en la traducción griega del Antiguo Testamento, en 1 Samuel 10:6. Aquí, dice de Saúl: “Entonces el Espíritu de Jehová vendrá sobre ti con poder, y profetizarás con ellos, y serás mudado en otro hombre” (1 Samuel 10:6). Saúl se convirtió en otro hombre a causa de la experiencia que tuvo. Jesús se convirtió en otro Consolador porque ahora ha experimentado lo que es ser tentado.

Piensa en algo por un momento. Supongamos que tu hijo adolescente ha muerto en un accidente de aviación, y en la semana siguiente, tu cónyuge muere en un accidente automovilístico. Ahora imaginemos que yo me acercara a ti para decirte: “Sé exactamente por lo que estás pasando”, aunque yo no hubiera pasado nunca por esa experiencia. ¿Podría yo consolarte con mis palabras? ¡Ciertamente que no! Si yo nunca he experimentado lo que te está ocurriendo, es muy difícil para mí comprender lo que estás sintiendo o cómo ayudarte a superarlo. Digamos que alguien que ha experimentado el tipo de dificultades por la que estás pasando me envié a consolarte. Aun si yo fuese a hacerlo, el aliento que yo pudiera proporcionarte no es igual al consuelo que podría darte alguien que ya ha experimentado tus trastornos.

Muchos cristianos creen que Jesús vino a esta tierra como hombre y experimentó lo que son pruebas y tentaciones, y luego regresó al cielo a enviar a alguien para consolarnos. Si esto fuera verdad, ¿por qué no lo envió desde el principio en primer lugar? Alguien que ha experimentado nuestros dolores está mejor preparado para consolarnos que una persona diferente que sólo ha sido enviada en su nombre.

La Biblia dice que Jesucristo “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Jesús experimentó por lo que pasamos cuando somos tentados y, por eso puede ayudarnos de una manera mejor de lo que pudiese haberlo hecho antes de venir a la tierra. Fue él quien dijo: “No os dejaré huérfanos; vendré a vosotros”. Alabado sea el Señor que nuestro Consolador sabe por lo que estamos pasando en nuestra lucha con la tentación. En Corintios 10:13 se nos da una hermosa promesa: “No les ha sobrevenido ninguna tentación que no sea común a los hombres. Fiel es Dios, que no permitirá que ustedes sean tentados más allá de lo que pueden *soportar*, sino que con la tentación proveerá también la vía de escape, a fin de que puedan resistirla (NBLH). La vía de escape que Dios ha ordenado para nosotros es invocar al Señor pidiendo ayuda. Cada vez que somos tentados, si lo invocamos, él nos ayudará. Y Dios ha prometido que él ha provisto esta vía de escape para cada tentación. El antiguo dicho “el diablo me hizo hacerlo” es absolutamente falso. El diablo no puede obligarte a hacer nada. Él puede utilizar fuertes tentaciones, pero nunca puede forzarte a pecar. Hay siempre una vía de escape, y nuestro Consolador está deseoso de darnos la victoria.

Jesús dijo que, cuando viniera el Consolador, “convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio” (Juan 16:8). Esto es exactamente lo que la Biblia dice que Jesús hace cuando regresa a nosotros como nuestro Consolador. La Biblia dice: “Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Y en el libro de Hechos leemos: “A vosotros primeramente, Dios, habiendo levantado a su Hijo, lo envió para que os bendijese, a fin de que cada uno se convierta de su maldad” (Hechos 3:26). Después de que Dios resucitó a su Hijo de entre los muertos, envió a su Espíritu a nuestros corazones para bendecirnos y que nos apartáramos de nuestros pecados. Jesucristo es la persona más apta para hacer esta obra, porque él “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). Alabado sea el Señor que tenemos un Consolador que sabe por lo que pasamos en nuestras luchas con la tentación, y puede ayudarnos a vencer mejor que nadie.

Este es el don que Dios está deseoso de dar a todos los que se lo pidan (Lucas 11:13). Éste es el don que “el mundo no puede recibir, porque no le ve ni le conoce” (Juan 14:17). El mundo no reconoce que este don existe;

no sabe quién es su Consolador y, por lo tanto, no lo puede recibir. Amigos, Dios no quiere que ustedes sean como el resto del mundo. Él quiere que ustedes sepan quién es su Consolador, para que puedan recibir los plenos beneficios de este don bienaventurado. Jesús dijo: “NO os dejaré huérfanos; vendré a vosotros” (Juan 14:18). Jesucristo, el Hijo de Dios, es nuestro Consolador. De hecho, Juan nos dice exactamente eso en 1 Juan 2:1. Observemos lo que escribió aquí: “Hijitos míos, estas cosas os escribo para que no pequéis. Y si alguno hubiere pecado, abogado [παράκλητος - Consolador] tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo”. Las otras cuatro veces que la palabra παράκλητος se usó en la Biblia, fue traducida como Consolador. En griego, no hay ninguna distinción entre el abogado en este versículo y el Consolador en los otros escritos de Juan, y aquí Juan nos dice claramente que el Consolador es Jesucristo.

La Biblia dice de Jesús: “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). Jesús es nuestro intercesor, nuestro mediador. La Biblia dice: “Porque hay un solo Dios, y un solo mediador entre Dios y los hombres, Jesucristo hombre” (1 Timoteo 2:5). ¿Cuántos mediadores tenemos entre nosotros y Dios? ¡Uno! Pero la Biblia dice: “Y de igual manera el Espíritu nos ayuda en nuestra debilidad; pues qué hemos de pedir como conviene, no lo sabemos, pero el Espíritu mismo intercede por nosotros con gemidos indecibles” (Romanos 8:26). El Espíritu intercede por nosotros como Abogado y Consolador. Este Espíritu que intercede por nosotros es el Espíritu de Jesucristo. En este versículo, se alude al Espíritu con el pronombre “mismo”. En inglés, esto parece extraño porque no queremos referirnos a una persona como “ello” o “sí misma”, pero la Biblia se refiere al Espíritu Santo de esta manera varias veces.

Pablo escribió: “El Espíritu mismo da testimonio a nuestro espíritu de que somos hijos de Dios” (Romanos 8:16). Pedro escribió: “Escudriñando qué persona y qué tiempo indicaba el Espíritu de Cristo que estaba en ellos, el cual anunciaba de antemano los sufrimientos de Cristo, y las glorias que vendrían tras ellos” (1 Pedro 1:11). Aquí el Espíritu es llamado “el”. Juan el Bautista hizo lo mismo cuando dijo: “Vi al Espíritu que descendía del cielo como paloma, y permaneció sobre él” (Juan 1:32).

La realidad es que no es más impropio referirse al Espíritu de Cristo como “el” que referirse a “la mente de Cristo” como “la”. De hecho, en griego, la palabra πνεῦμα, que fue traducida como “Espíritu”, es un sustantivo neutro, y como lo exigen las reglas gramaticales, todos los pronombres que se refieren al Espíritu son neutros, aunque varias veces la mayoría de las Biblias en inglés traducen estos pronombres como “él”.

La palabra griega para Consolador es masculina, y por lo tanto, todos los

pronombres que se refieren directamente al Consolador son masculinos. Sin embargo, esto no indica que el Espíritu Santo es literalmente un individuo de género masculino separado del Padre y su Hijo. Por ejemplo, un ángel dijo: “Esto os servirá de señal: Hallaréis al niño [βρέφος - neutro] envuelto en pañales, acostado en un pesebre [φάτνη - femenino] (Lucas 2:12). Este es un ejemplo de porqué no se puede confiar en el género de los pronombres griegos para determinar la personalidad de los sustantivos. La palabra griega traducida como bebé es un sustantivo neutro, aunque el bebé es de género masculino. En la misma oración, la palabra griega traducida como pesebre es un sustantivo femenino, aunque un pesebre es un objeto inanimado. Si hubiese habido cualquier pronombre griego en este versículo con referencia al bebé o a el pesebre, los pronombres probablemente habrían sido del mismo género que los sustantivos que representan.

Digo “probablemente” porque hay algunos casos en que, los escritores bíblicos violaron estas reglas gramaticales para demostrar la personalidad de la persona representada por un pronombre griego.

La mayor parte del tiempo, los escritores bíblicos se adherían a las reglas de la gramática griega con respecto a los pronombres. Por ejemplo, Juan escribió: “Porque el Cordero [ἀρνίον - neutro] que [τό - neutro] está en medio del trono los pastoreará...” (Apocalipsis 7:17). Aquí Juan se adhirió estrictamente a las reglas gramaticales griegas y usa un pronombre neutro para “el Cordero”, aunque ya había establecido que el Cordero es el Hijo de Dios. Pero más tarde, Juan escribió: “Y miré, y he aquí un Cordero [ἀρνίον - neutro] estaba en pie sobre el monte de Sión y con él [αὐτοῦ - masculino] ciento cuarenta y cuatro mil, teniendo el nombre de su [αὐτοῦ - masculino] Padre escrito en sus frentes” (Apocalipsis 14:1). Aquí Juan rompió las reglas de la gramática griega y se refirió al Cordero usando pronombres masculinos, aunque la palabra “Cordero” es un sustantivo neutro en griego.

Juan no fue el único autor bíblico que violó las reglas de la gramática griega para demostrar la personalidad literal de alguien representado por un pronombre. Marcos escribió: “Y tomando la mano de la niña [παιδίου - neutro], le [αὐτῆ - femenino] dijo: Talita cumi, que traducido es: Niña, a ti te digo, levántate” (Marcos 5:41). Para más ejemplos como éstos, leer Mateo 2:13, 14, 20, 21; Lucas 1:59, 80; 2:21.

Había precedentes bíblicos para que Juan violara las reglas gramaticales griegas cuando se refería al Espíritu Santo para darle personalidad usando pronombres personales cuando se refería a él. ¡Pero nunca lo hizo! Algunos trinitarios arguyen que Juan sí violó las reglas gramaticales usando pronombres masculinos para referirse al Espíritu Santo. Pero, en estos casos, Juan realmente se refería al pronombre masculino “Consolador”,

más bien que al pronombre neutro Espíritu, y no estaba violando ninguna regla gramatical. Estas reglas gramaticales que supuestamente se violaron están en Juan 14:26; 15:26; 16:7, 8, 13, 14, pero todos estos pronombres masculinos se refieren al pronombre masculino “Consolador” más bien que al pronombre neutro Espíritu. En realidad, Juan no violó las reglas de la gramática griega al referirse al Espíritu Santo con pronombres masculinos. Todas las ocasiones en que utilizó estos pronombres para referirse al Espíritu, usó pronombres neutros.

Juan escribió: “Y yo rogaré al Padre, y os dará otro Consolador [παράκλητον - masculino], para que esté con vosotros para siempre: el Espíritu [πνεῦμα - neuter] de verdad, al cual [ὁ - neutro] el mundo no puede recibir, porque no le ve [αὐτὸ - neutro], ni le conoce [αὐτὸ - neutro]; pero vosotros le [αὐτὸ - neutro] conocéis, porque mora con vosotros y estará en vosotros” (Juan 14:16, 17). Para más ejemplos de dónde se usaron pronombres neutros para el Espíritu, leer Juan 7:39; Hechos 5:32; Romanos 8:16, 26; 1 Corintios 2:12; 6:19; y 1 Juan 3:24. Yo he leído cada uno de los versículos en que se utilizó un pronombre para el Espíritu, y no he encontrado ningún caso donde se han usado pronombres masculinos para el Espíritu Santo. Aparentemente, ninguno de los escritores bíblicos entendió que el Espíritu Santo es una persona realmente separada del Padre y el Hijo.

Cristo en tí

Cuando tienes el Espíritu de Cristo, tienes a Cristo mismo. Pablo escribió: “para que habite Cristo por la fe en vuestros corazones” (Efesios 3:17). De este modo, podemos ser “partícipe de la naturaleza divina” (2 Pedro 1:4). Jesús dijo que, sin esta experiencia, “no tenéis vida en vosotros”. “El que tiene al Hijo, tiene la vida; el que no tiene al Hijo de Dios, no tiene la vida” (1 Juan 5:12).

Pablo exclamó: “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27). Esta es nuestra única esperanza de salvación. “Si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él” (Romanos 8:9). Todos debemos poder decir con Pablo: “Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí; y lo que ahora vivo en la carne, lo vivo en la fe del Hijo de Dios, el cual me amó y se entregó a sí mismo por mí” (Gálatas 2:20). “Mayor es el que está en vosotros que el que está en el mundo” (1 Juan 4:4).

Cuando Cristo estaba aquí, clamaba a Dios, dirigiéndose a él como “Abba, Padre” (Marcos 14:36). Este término expresa una estrecha relación personal con su Padre. Esta misma relación se nos da a nosotros. “Pues no habéis recibido el espíritu de esclavitud para estar otra vez en temor, sino que habéis recibido el espíritu de adopción, por el cual clamamos: ¡Abba,

Padre!” (Romanos 8:15). Cuando recibimos este espíritu, nosotros también clamamos “Abba, Padre”. Pablo explicó: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Es Cristo en vosotros clamando “Abba, Padre”. Al darnos el Espíritu de su Hijo, Dios nos está dando esa estrecha relación personal consigo mismo que su Hijo tiene con él. ¡Es algo hermoso!

El mejor regalo que Dios dio jamás es el de su unigénito Hijo, a quien entregó para que muriese por nuestros pecados y nosotros pudiéramos vivir para siempre (Juan 3:16). Dio a su Hijo, no sólo para morir por nosotros, sino para que viviera en nosotros como nuestro Consolador. ¡Alabado sea Dios por un regalo tan maravilloso! Oro para que utilices este don hasta el máximo potencial de Cristo en ti, y que estés preparado para encontrarte con Jesús cuando él regrese por su pueblo.

¿Qué es un espíritu?

Hemos aprendido que Dios envió al Espíritu de su Hijo a nuestros corazones para consolarnos pero, ¿qué es un espíritu? Algunos creen que un espíritu es un fantasma descarnado que flota por ahí. ¿Es esto lo que Dios envía al mundo para consolarnos? ¡Ciertamente que no! Según el *American Heritage Dictionary*, espíritu significa: “El espíritu de una persona muerta, especialmente uno que se cree aparece en semejanza corpórea a personas vivas o para visitar su antiguo morada”. El Espíritu Santo no es un fantasma, como se describe arriba. Leamos la Biblia y veamos lo que tiene que decir acerca de un espíritu.

En el libro de Job dice: “Ciertamente espíritu hay en el hombre y el soplido del Omnipotente le hace que entienda” (Job 32:8). Daniel explica: “Se me turbó el espíritu a mí, en medio de mi cuerpo” (Daniel 7:15). Espíritu es la parte de una persona que puede ser turbada. En el evangelio de Marcos, leemos: “Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?” (Marcos 2:8). Un espíritu es la parte de una persona que puede percibir o comprender cosas. El rey de Babilonia tuvo un sueño, y les dijo a sus sabios: “He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño” (Daniel 2:3). Un espíritu es la parte de una persona que puede ser turbada. Estos textos bíblicos confirman la definición de “espíritu” hallada en *The American Heritage Dictionary*, que dice: “La parte de un ser humano asociada con la mente, la voluntad, y los sentimientos”.

La Biblia menciona varios diferentes tipos de espíritus. Leemos acerca de “espíritu malo”, “inmundo”, “mudo”, “excelente”, “humilde”, “herido”, “quebrantado”, “altivo”, “fiel”, “bueno”, etc. Todos estos espíritus son reconocibles por el adjetivo que los describe. Sabemos que Dios Padre tiene espíritu (Mateo 10:20) y, ¿puede ese espíritu ser alguna otra cosa, o algo

menos que santo? La palabra “santo” es un adjetivo en todos los casos, ya sea en inglés o en griego. El “Espíritu Santo” no es un nombre, sino una descripción del espíritu de Dios.

Notemos cómo comparó Pablo el espíritu del hombre con el espíritu de Dios. “Porque, ¿quién de los hombres sabe las cosas del hombre, sino el espíritu del hombre que está en él? Así tampoco nadie conoció las cosas de Dios sino el Espíritu de Dios (1 Corintios 2:11). Aquí el espíritu del hombre se compara con el espíritu de Dios. Así como el hombre tiene espíritu, Dios también tiene espíritu, y su espíritu, como el espíritu del hombre, es la parte de él “asociada con la mente, la voluntad y los sentimientos”. El Espíritu Santo es “el espíritu santo de Dios” (Efesios 4:30). Tal como el espíritu del hombre, el espíritu de Dios puede agravarse o enojarse. El espíritu de Dios le pertenece a Dios, así como mi espíritu me pertenece a mí. Algo que debe esperarse, pues fuimos hechos a imagen de Dios (Génesis 1:26).

Supongamos que te digo: “Sé que nos hemos encontrado antes pero, ¿te has encontrado alguna vez con mi espíritu? Me gustaría presentarte a mi espíritu, que está sentado allá en aquella silla”. ¿Qué pensarías? Reconocerías inmediatamente que tengo un concepto retorcido de lo que es mi espíritu. No es alguna otra persona, separada y distinta de mí. Mi espíritu soy realmente yo, quien yo soy. Si digo: “Mi madre es una persona muy agradable con quien estar, ella tiene un excelente espíritu”, no supondrías que estoy hablando de dos personas. Sólo estaría hablando de una persona, mi madre, que tiene una personalidad y un carácter agradable.

Me gustaría que observaras algo de la manera en que el término “Espíritu Santo” se usa en la Biblia. Lucas registra una conversación que Jesús tuvo con sus discípulos. “Cuando os trajeren a las sinagogas y ante los magistrados y las autoridades, no os preocupéis por cómo o qué habréis de responder, o qué habréis de decir; porque el Espíritu Santo os enseñará en la misma hora lo que debáis decir” (Lucas 12:11, 12). Mateo registra esta misma conversación, pero observa las diferentes palabras que él usa para describir al Espíritu Santo: “Mas cuando os entreguen, no os preocupéis por cómo o qué hablaréis; porque en aquella hora os será dado lo que habéis de hablar. Porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros” (Mateo 10:19, 20).

Aquí vemos que el Espíritu Santo es llamado “el Espíritu de vuestro Padre”. Esto es muy apropiado porque, más tarde, Jesús dijo: “Pero cuando venga el Consolador, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del Padre, él dará testimonio acerca de mí” (Juan 15:26). Aquí Jesús explica que “el Consolador, el Espíritu Santo” (Juan 14:26) procede del Padre. En otras palabras, el Padre es el origen del

Espíritu Santo porque es su espíritu. Por favor, no te confundas. Anteriormente, vimos que Jesucristo es nuestro Consolador. Notemos en el versículo que acabamos de leer, que Jesús dijo que enviaría al Consolador, que procede del Padre. Esto es precisamente lo que Pedro dijo el día de Pentecostés, cuando explicó que Jesús, “exaltado por la diestra de Dios, y habiendo recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo, ha derramado esto que veis y oís” (Hechos 2:33). El Consolador procede del Padre, por medio del Hijo, hasta nosotros. Pablo lo explicó de esta manera: “Nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual **derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador**” (Tito 3:5, 6).

Así, pues, vemos que el Espíritu Santo es el Espíritu del Padre, que él nos envía por medio de Jesucristo, y cuando recibimos el Espíritu, estamos recibiendo tanto el Espíritu del Padre como el Espíritu del Hijo. Dos personas vienen a vivir en nosotros, y tenemos comunión tanto con el Padre como con el Hijo. El Consolador puede ser llamado correctamente tanto el Espíritu del Padre como el Espíritu de Cristo, o ambos. Hallamos a Pablo intercambiando estos términos en el siguiente texto: “Mas vosotros no vivís según la carne, sino según el Espíritu, si es que el Espíritu de Dios mora en vosotros. Y si alguno no tiene el Espíritu de Cristo, no es de él. Pero si Cristo está en vosotros, el cuerpo en verdad está muerto a causa del pecado, mas el espíritu vive a causa de la justicia. Y si el Espíritu de aquél que levantó de los muertos a Jesús mora en vosotros, el que levantó de los muertos a Cristo Jesús vivificará también vuestros cuerpos mortales por su Espíritu que mora en vosotros” (Romanos 8:9-11).

Dos personas divinas

Algunos se confunden con respecto al Espíritu Santo, como si fuera un tercer individuo, separado y distinto de Dios Padre y su Hijo Jesucristo. Me gustaría hacer notar algunos hechos en la Biblia.

En el Nuevo Testamento hay 27 libros. Quince de ellos comienzan con un saludo similar a este: “Gracia y paz sean a vosotros, de Dios el Padre y de nuestro Señor Jesucristo” (Gálatas 1:3). De todos estos saludos, ninguno de ellos menciona al Espíritu Santo como un individuo separado.⁶

⁶ Apocalipsis 1:4 menciona los siete espíritus que están delante del trono [de Dios], pero no se está refiriendo a un individuo separado llamado el “Espíritu”. Si así fuera, estaría hablando de siete individuos. Apocalipsis 3:1 Jesús dice que Jesús “tiene los siete espíritus de Dios”. Siete es un número perfecto indicando totalidad. Los siete espíritus de Dios podrían representar la manifestación completa del Espíritu de Dios, o posiblemente, toda la hueste angelical (ver el libro titulado *Respuestas a objeciones* para más información).

Pablo inicia su carta a los tesalonicenses: “Pablo, Silvano y Timoteo, a la iglesia de los tesalonicenses en Dios Padre y en el Señor Jesucristo: Gracia y paz sean a vosotros, de Dios nuestro Padre y del Señor Jesucristo. Damos siempre gracias a Dios por todos vosotros, haciendo memoria de vosotros en nuestras oraciones, acordándonos sin cesar delante del Dios y Padre nuestro de la obra de nuestra fe, del trabajo de vuestro amor y de vuestra constancia en la esperanza de nuestro Señor Jesucristo” (1 Tesalonicenses 1:1-3). Pablo enseñaba que Dios es el Padre y Jesús es nuestro Señor. Pablo escribió a estos gentiles: “... cómo os convertísteis de los ídolos a Dios, para servir al Dios vivo y verdadero, y esperar de los cielos a su Hijo, al cual resucitó de los muertos, a Jesús, quien nos libra de la ira venidera” (1 Tesalonicenses 1:9, 10). Está claro que, en la mente de Pablo, el “Dios verdadero” es Dios Padre solamente, tal como dijo Jesús (Juan 17:3). Pablo también creía en el Espíritu Santo, pero nótese lo que dijo acerca de él: “Así que, el que desecha esto, no desecha a hombre, sino a Dios, que también nos dio su Espíritu Santo (1 Tesalonicenses 4:8). El Espíritu Santo es propiedad de alguien; es de Dios Padre; es su propio espíritu, que es santo.

Cuando la autoridad y la veracidad de Jesús fueron cuestionadas por los judíos, Jesús mencionó a dos individuos que dan testimonio de él: su Padre, y él mismo. “Y si yo juzgo, mi juicio es verdadero; porque no soy yo solo, sino yo y el que me envió, el Padre. Y en vuestra ley está escrito que el testimonio de dos hombres es verdadero. Yo soy el que doy testimonio de mí mismo, y el Padre que me envió da testimonio de mí” (Juan 8:16-18). Si Jesús hubiera sabido de una tercera persona divina que pudiera dar testimonio a favor de él, con toda probabilidad la habría mencionado aquí (Eclesiastés 4:9-12), pero no lo hizo.

Jesús habló repetidamente de sí mismo y de su Padre, refiriéndose a su Padre como a Dios, usando también los nombres “él”, “tu”, “ti”, indicando que Dios es una persona singular aparte de sí mismo. Jesús dijo a sus discípulos: “No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí” (Juan 14:1). Jesús habló de sí mismo como de alguien además de Dios. Para Jesús, Dios es su Padre y él es su Hijo. Jesús nunca se refirió a sí mismo y a su Padre colectivamente como “él”. En su lugar, siempre decía “nosotros”, “nuestro”, y en cada uno de estos casos, nunca incluyó un tercer individuo llamado “el Espíritu Santo”.

Cuando se le pidió a Jesús que explicara su discurso sobre el Consolador, respondió: “El que me ama, mi palabra guardará; y mi Padre le amará, y vendremos a él, y haremos morada con él” (Juan 14:23). El “vendremos” y el “haremos” en este versículo se refieren exclusivamente tanto al Padre como al Hijo. Jesús no hizo ninguna referencia a un tercer individuo que vivía en sus discípulos. Él dijo: “¿No crees que yo soy en el Padre, y el Padre en mí? Las palabras que yo os hablo, no las hablo por mi propia cuenta, sino que el

Padre que mora en mí, él hace las obras. Creedme que yo soy en el Padre y el Padre en mí; de otra manera, creedme por las mismas obras” (Juan 14:10, 11). No hay ninguna indicación de un tercer individuo en este cuadro.

Cuando Jesús hablaba de los judíos que lo odiaban, decía: “El que me aborrece a mí, también a mi Padre aborrece. Si yo no hubiera hecho entre ellos obras que ningún otro ha hecho, no tendrían pecado; pero ahora han visto y han aborrecido *a mí y a mi Padre*” (Juan 15:23, 24). Jesús habló repetidamente de sí mismo y de su Padre, pero sin mencionar a ningún otro individuo.

Continuó diciendo: “Y harán esto porque *no conocen ni al Padre ni a mí*” (Juan 16:3). En una de las explicaciones más notables acerca de quién es Dios, Jesús dijo: “Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado” (Juan 17:3). La vida eterna depende de conocer sólo al Padre y al Hijo. No es necesario conocer a un tercer individuo.

En la oración final de Jesús a su Padre, dijo: “Y ya no estoy en el mundo; mas éstos están en el mundo y yo voy a ti. Padre santo, a los que me has dado, guárdalos en tu nombre para que sean uno, así como nosotros” (Juan 17:11). Nuevamente, el “nosotros” en este versículo se refiere exclusivamente tanto al Padre como al Hijo.

Anteriormente en esta oración, Jesús pidió: “Ahora, pues, Padre, glorifícame tú al lado tuyo con aquella gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese” (Juan 17:5). Puede parecer extraño que el Padre diera su propio ser al Hijo, pero esto es exactamente lo que hizo. Esto es lo que Dios hace cuando da su espíritu; se da a sí mismo.

Juan escribió: “Porque el que Dios envió [Jesús]⁷, las palabras de Dios habla: pues Dios no da el Espíritu por medida” (Juan 3:34). Dios le dio a su Hijo su propio Espíritu, o sea, se dio él mismo a su Hijo, sin medida.

Más tarde, en la oración de Cristo, dice: “Para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti; que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno” (Juan 17:21, 22). Observemos la conexión aquí. Jesús había acabado de explicar que la gloria que él recibió de su Padre era el “era el propio yo” del Padre. Luego dice que él nos da esta gloria a nosotros. Jesús nos da el propio yo de su Padre, su presencia, su Espíritu. El Espíritu de Dios es su “propio yo”.

Cuando Pablo encargó a Timoteo que observara las cosas que se le habían enseñado, puso al cielo por testigo de este solemne encargo. Escribió: “Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo, y de sus ángeles esco-

⁷ El texto entre corchetes es del autor.

gidos, que guardes estas cosas sin prejuicios, no haciendo nada con parcialidad” (1 Timoteo 5:21). Si Pablo hubiese sabido de un tercer individuo divino, seguramente lo habría mencionado, pero no lo hizo. Si hubiera habido una tercera persona divina, Pablo la habría injuriado al no mencionarla, y para agravar las cosas, hasta mencionó a los ángeles en lugar de esa tercera persona. Obviamente, Pablo no creía que existiese una tercera persona.

Cuando Jesús habló de su regreso, dijo: “Porque el que se avergonzare de mí y de mis palabras, de éste se avergonzará el Hijo del Hombre cuando venga en su gloria, y en la del Padre, y de los santos ángeles” (Lucas 9:26). Jesús dijo que regresaría en su propia gloria, en la gloria de su Padre, y en la de los ángeles. La gloria de todo el cielo estará presente en el regreso de Cristo, pero Jesús excluyó la supuesta gloria del Espíritu Santo como si no hubiese estado consciente de su existencia como un individuo separado.

Por favor, piensa en algo por un momento. Hay muchos lugares en la Biblia en que el Hijo habla al Padre. También hay muchos lugares en que el Padre habla a su Hijo. Pero nunca se ha encontrado ningún registro donde el Padre haya hablado a una tercera persona llamada el “Espíritu Santo”. Tampoco hay ningún registro del Hijo hablando al Espíritu Santo, y aun menos, ningún registro del Espíritu Santo hablando al Padre o al Hijo. Es muy extraño que un supuesto tercer miembro de la familia de Dios haya sido excluido de todas las conversaciones, incluyendo las que tienen que ver con nuestra salvación. La Biblia dice que “consejo de paz habrá entre ambos” (Zacarías 6:13). Sólo hay dos seres entre los cuales hubo un consejo [o concilio], para nuestra salvación. No se permitió a ningún tercer ser entrar a este consejo.

Sabemos que Dios nos ama mucho, porque envió a su unigénito Hijo a morir por nuestros pecados (Juan 3:16). Sabemos que Jesucristo nos ama mucho porque bajó a la tierra a morir por nosotros. Pero, si el Espíritu Santo es un tercer individuo, no tenemos manera de saber que nos ama, porque ni dio a su hijo, ni se dio a sí mismo. En realidad, no dio nada por nosotros, así que su amor es irreconocible. Tampoco hay ningún versículo en la Biblia que hable del amor que el Espíritu Santo tiene por nosotros. Cuando Jesús hablaba del amor de Dios, siempre dirigía la gente al amor del Padre. Jesús le dijo a sus discípulos: “Porque el Padre mismo os ama” (Juan 16:27). Si en realidad el Espíritu Santo es una tercera persona, separada y distinto del Padre y el Hijo, Jesús nunca explicó nada acerca del amor de ese tercer individuo por nosotros.

Se nos ordena adorar a Dios Padre y al Hijo. Jesús dijo: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio lo dio al Hijo, para que todos honren al Hijo como honran al Padre. El que no honra al Hijo, no honra al Padre que le envió” (Juan 5:22, 23). La Biblia dice: “Y otra vez, cuando introduce al Primogénito en el mundo, dice: Adórenle todos los ángeles de Dios” (Hebreos 1:6). Se nos ordena que adoremos tanto al Padre como al Hijo, pero nunca se nos ordena

adorar al Espíritu Santo. En la Biblia, hay muchos ejemplos de personas que adoraron al Padre y al Hijo, pero no hay ningún ejemplo de nadie que haya adorado u orado al Espíritu Santo. En el libro de Apocalipsis, Juan escribe: “Y a todo lo creado que está en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que en ellos hay, oí decir: “Al que está sentado en el trono, y al Cordero [Jesucristo], sea la alabanza, la honra, la gloria y el poder, por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 5:13). Este es el ejemplo consistente de adoración en el cielo. Se da sólo a Dios Padre y al Hijo. En la nueva tierra, Juan no vio “ningún templo, porque el Señor Dios Todopoderoso es el templo de ella, y el Cordero” (Apocalipsis 21:22). Está claro que los adoradores en el cielo no adoran a una trinidad sino sólo al Padre y al Hijo.

Conclusión

El don del Espíritu de Dios es uno de los dones más preciosos que Dios nos haya dado jamás. Para recibir los beneficios de este don como era el propósito de Dios, debemos reconocerlo por lo que es. El don del Espíritu de Dios es la impartición de su vida a nosotros, el medio por el cual él y su Hijo pueden vivir personalmente en nuestros corazones. La gran bendición de la experiencia de Pentecostés es la recepción del Espíritu de Dios viniendo a nosotros, con el beneficio adicional del Espíritu del victorioso Hijo de Dios viniendo a nuestros corazones para ayudarnos en nuestra lucha contra el pecado y la tentación. A Satanás le gustaría que pensaras que Jesucristo no está en nosotros, sino que envió a alguien más para que tomara su lugar. Amigos, ese es un invento de Satanás, calculado específicamente para quitarnos nuestra esperanza de gloria. “A quienes Dios quiso dar a conocer la riquezas de la gloria de este misterio entre los gentiles; que es Cristo en vosotros la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

No permitas que nadie te quite esta esperanza, este precioso don de Cristo en ti. Si un regalo no es reconocido, no será utilizado. Aprovecha plenamente el ministerio de Cristo para tu beneficio; permítale entrar en tu corazón y hacer una obra que sólo él puede hacer. Pídale a Cristo que entre a tu corazón, y él entrará y traerá con él a su Padre. Jesús te dice ahora: “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él y él conmigo” (Apocalipsis 3:20). Déjalo entrar, y te alegrarás de hacerlo. No puedo decirte cuán feliz soy de haberle permitido entrar en mi corazón. Aunque yo era un pecador muy malvado, envuelto en muchas cosas perversas, cuando abrí la puerta de mi corazón, él entró gustosamente.

Amigo, no importa cuán malvados seas, Jesús ha prometido que te aceptará si vas a él. Él dijo: “Al que a mí viene, no le echo fuera” (Juan 6:37). Ve a él ahora, acéptalo como tu Salvador, y acepta el don de su Espíritu en tu vida para obtener la victoria en tus luchas contra las tentaciones. Nunca, nunca lamentarás haber hecho esta decisión.

La Muerte del Hijo de Dios

“Fuimos reconciliados con Dios por la muerte de su Hijo” (Romanos 5:10). Dios no envió a un hombre ordinario, no sólo a un ser humano. El divino Hijo de Dios fue hecho carne y luego murió para reconciliarnos con Dios (Juan 1:14).

Dios nos ama tanto que envió a su Hijo unigénito a este mundo a morir por miserables pecadores como tu y como yo. La idea contenida en estas palabras demuestra el inmenso sacrificio que Dios hizo por amor a nosotros. “El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no nos dará también con él todas las cosas?” (Romanos 8:32). Si Dios estaba dispuesto a entregar a su propio Hijo por amor a nosotros, esto demuestra, más allá de toda sombra de duda, que está dispuesto a dar todo lo que posee para nuestro beneficio, porque su Hijo significaba más para él que cualquier cosa en el universo. Cuando entendamos lo que tuvo lugar en la cruz, ese evento derretirá nuestros corazones como no lo puede hacer ninguna otra cosa. Nos beneficiaría grandemente pasar tiempo todos los días meditando en la vida de Cristo, especialmente en su sufrimiento y su muerte.

La lucha emocional

La extrema angustia que Cristo experimentó en la cruz está descrita en Salmos 88. David, profetizando la experiencia de Cristo, escribió: “Soy contado entre los que descienden al sepulcro. Soy como hombre sin fuerza” (Salmos 88:4). Cristo fue contado con los que descienden al sepulcro. Isaías presenta un relato similar en el capítulo 53 de su libro. Hablando de Cristo, Isaías escribió: “Porque derramó Su alma hasta la muerte y con los transgresores fue contado; Llevó el pecado de muchos e intercedió por los transgresores”. (Isaías 53:12).

Continuando en el Salmo 88, leemos: “Me has puesto en el hoyo profundo; en tinieblas, en lugares profundos. Sobre mí reposa tu ira, y me has afligido con todas tus ondas” (Salmos 88:6, 7). Cristo sufrió la peor muerte que nadie haya sufrido ni sufrirá jamás. Si limitamos su sufrimiento sólo a su dolor físico, otros han sufrido igualmente, o aún más que él. Pero la muerte de Cristo fue peor porque su relación con su Padre era más estrecha que la que jamás haya experimentado cualquier persona. Por lo tanto, la pérdida de esa relación le causó la mayor angustia que cualquiera pudiera sufrir. Al darse cuenta del desagrado de su Padre, temiendo que la

separación fuera eterna, su corazón quedó literalmente roto. Por medio del salmista, Jesús dijo: “He sido derramado como aguas, y todos mis huesos se descoyuntaron. Mi corazón fue como cera, derritiéndose en medio de mis entrañas” (Salmos 22:14). “El escarnio ha quebrantado mi corazón, y estoy acongojado. Esperé quién se compadeciese de mí, y no lo hubo; y consoladores, y ninguno hallé” (Salmos 69:20). Cuando su costado fue traspasado, salieron agua y sangre (Juan 19:33, 34). Esto indicaba que el Hijo de Dios murió de un corazón quebrantado, no de la tortura o los clavos en sus manos y sus pies.

Cristo experimentó un sufrimiento mucho mayor que sólo el del dolor físico. Fue un sufrimiento tan grande que habría muerto si los soldados romanos no lo hubiesen golpeado y colgado en una cruz. Justo antes de que los soldados llegaran a arrestarlo, Jesús le rogó a su Padre por tercera vez: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa; pero no se haga mi voluntad, sino la tuya. Y se le apareció un ángel del cielo para fortalecerle. Y estando en agonía, oraba más intensamente; y era su sudor como grandes gotas de sangre que caían hasta la tierra” (Lucas 22:42-44). Si un ángel no hubiese venido a fortalecerle, habría muerto allí mismo en el jardín bajo la carga de nuestros pecados. Su agonía era tan grande que su sudor era como grandes gotas de sangre. Esto sólo tiene lugar bajo extrema tensión. Es muy obvio que los verdaderos sufrimientos eran mucho más profundos que el dolor físico que le infligieron los soldados romanos.

En el Jardín de Getsemaní

Cristo tuvo su última cena con sus discípulos y después “vinieron, pues, a un lugar que se llama Getsemaní, y dijo a sus discípulos: Sentaos aquí, entretanto que yo oro. Y tomó consigo a Pedro, a Jacobo y a Juan, y comenzó a entristecerse y a angustiarse. Y les dijo: Mi alma está muy triste, hasta la muerte; quedaos aquí y velad” (Marcos 14:32-34).

Cuando Cristo entró al jardín de Getsemaní, comenzó, por primera vez, a “asombrarse mucho”, lo cual significa literalmente: “aterrorizarse” (*Thayer's Geek Lexicon*). Algo le ocurrió a Cristo que lo aterrizó. También leemos que estaba “muy afligido”, que literalmente significa “estar mentalmente tenso (estar saciado hasta sentirse asqueado)” (*Strong's Greek Dictionary*). Estar “saciado hasta sentirse asqueado” significa satisfacer el apetito o un deseo tan completamente que se siente una violenta hostilidad o sensación de desagrado hasta el punto del aborrecimiento (Véase *Grollier's New Webster's Dictionary* sobre “sated” [“saciado”]).

Por primera vez en la vida de Cristo, se sintió lleno de terror y de sensaciones repugnantes. ¿Qué sensaciones eran aquéllas? La Biblia dice: “Todos nosotros nos descarriamos como ovejas, cada cual se apartó por su camino; mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

El pecado (junto con la culpa) del mundo entero fue puesto sobre el Hijo de Dios. El resultado del pecado es explicado por Isaías. “Pero vuestras iniquidades han hecho división entre vosotros y vuestro Dios, y vuestros pecados han hecho ocultar de vosotros su rostro para no oír” (Isaías 59:2). Cada vez que una persona peca contra Dios, causa una separación entre esa persona y Dios. La conciencia de esta separación viene a menudo acompañada por un sentimiento de culpa. Piense en el sentimiento más culpable y más sucio que hayas tenido alguna vez, y multiplica eso millares y millares de veces, y tendrás una idea de la culpa que Cristo experimentó en el jardín de Getsemaní. Siempre había hecho las cosas que agradan al Padre. Dijo: “Porque el que me envió, conmigo está; no me ha dejado solo el Padre, porque yo hago siempre lo que le agrada” (Juan 8:29). Jesucristo se deleitaba en hacer la voluntad de su Padre, y sabía que su Padre estaba complacido con él. Nunca pecó contra Dios, ni siquiera con el pensamiento, así que no sabía lo que es sentir el desagrado de su Padre ni la terrible sensación de culpa y vergüenza.

Todo esto cambió cuando entró al jardín de Getsemaní. Cuando mis pecados y los tuyos fueron puestos sobre él, y tuvo que comparecer delante de Dios como si él hubiese cometido las cosas malvadas que tu y yo hemos cometido, entonces, por primera vez, la perfecta paz que había entre él y su Padre se rompió. Se tambaleó bajo el peso de nuestros pecados. Dejó a sus discípulos y, ya sin poder sostenerse en pie, “yéndose un poco adelante, se postró en tierra, y oró que, si fuese posible, pasase de él aquella hora. Y decía: Abba Padre, todas las cosas son posibles para ti; aparta de mí esta copa; mas no lo que yo quiero, sino lo que tú” (Marcos 14:35, 36). Tres veces rogó a su Padre que pasara de él esta experiencia.

El Hijo de Dios entró en una experiencia que ni él había previsto completamente. Sólo algunas horas antes, les había dicho a sus discípulos: “He aquí la hora viene, y ha venido ya, en que seréis esparcidos cada uno por su lado y me dejaréis solo; mas no estoy solo, porque el Padre está conmigo” (Jun 16:32). Él dijo: Sé que todos ustedes me dejarán esta noche. Sé que seré abandonado por mis amigos, pero eso está bien, porque mi Padre estará conmigo. No me dejará solo.

Pero, cuando entró al jardín de Getsemaní, y los pecados del mundo entero fueron puestos sobre él, tuvo lugar algo que él no había comprendido completamente. Acababa de decirles a sus discípulos que su Padre no lo abandonaría, pero ahora comenzó a sentir una separación entre él y su Padre tan grande, que vaciló bajo su peso.

¿Sabía Jesús todas las cosas cuando estuvo aquí?

Puede que algunos digan: “Un momento. Jesús no podría haber sido sorprendido por nada porque, cuando estuvo aquí, sabía todas las cosas”.

Pero eso no es lo que la Biblia dice; eso es el fruto de un antiguo absurdo trinitario⁸. Es parte del obstáculo puesto por Satanás en el camino de la gente para ocultar el amor de Dios. Cuando Jesús estuvo aquí, dijo: “Pero de aquel día y de la hora nadie sabe, ni aun los ángeles que están en el cielo, ni el Hijo, sino el Padre [solamente]” (Marcos 13:32; comparar con Mateo 24:36). También dice: “Y Jesús crecía en sabiduría y en estatura, y en gracia para con Dios y los hombres” (Lucas 2:52). Es imposible crecer en sabiduría cuando ya se sabe todo. Cuando Jesús vino a esta tierra, estaba limitado por el cuerpo humano preparado para él, y tuvo que aprender cosas tal como las tenemos que aprender tu y yo. “Aunque era Hijo, por lo que padeció, aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8). Sólo sabía lo que había aprendido mediante el proceso normal de la vida, y lo que su Padre le había revelado milagrosamente. Es verdad que Jesús a veces conocía los pensamientos ajenos, pero esto no era señal de que sabía todas las cosas, pues Dios reveló a Pedro, Eliseo, Daniel, etc., los pensamientos de otras personas. (Véanse Hechos 5:1-4; 2 Reyes 5:25-27; Daniel 2:28-30).

Cuando los pecados del mundo entero fueron puestos sobre él, Jesús entró realmente en lo desconocido. Una cosa es decir: “Sé que voy a morir”, otra cosa es experimentarlo. Puedo decirte que voy a morir, pero no puedo decirte cómo es la muerte. Lo mismo sucedió con Cristo. Había un elemento que lo tomó por sorpresa. Él les dijo a sus discípulos que su Padre estaría con él durante esta experiencia, pero, cuando entró al jardín de Getsemaní, comenzó a sentir que su Padre retiraba su presencia. La separación empeoró hasta que, en el Calvario, exclamó en voz alta: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27:46). La profecía de Salmos 88 presenta a Cristo diciendo: “¿Por qué, oh Jehová, desechas mi alma? ¿Por qué escondes de mí tu rostro? (Salmos 88:14). Ciertamente, “ha pisado solo el lagar” (Isaías 63:3).

La separación fue tan terrible que rogó a su Padre que esta hora espantosa pasara de él, diciendo: “Padre, si quieres, pasa de mí esta copa” (Lucas 22:42). “Ofreció ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte” (Hebreos 5:7).

¿Era Jesús todopoderoso cuando estuvo aquí?

Algunos dirán: “Un momento. Jesucristo era todopoderoso cuando estuvo aquí, así que no tenía necesidad de depender del Padre para pedirle ayuda”. Nuevamente aquí está el sello de Satanás, un fruto de la doctrina trinitaria diseñada específicamente para ocultar el amor de Dios. Jesús dijo: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30). Todos los

⁸ Para un estudio completo de la doctrina de la trinidad, explicando su ascendencia y delineando sus peligros, por favor contáctenos y solicite el libro titulado *El amor de Dios en tela de juicio*.

milagros hechos por Jesucristo mientras estuvo aquí fueron hechos por el poder de su Padre. Cada gran milagro que Jesús ejecutó fue llevado a cabo de una manera similar por sus discípulos o por profetas en el Antiguo Testamento, incluyendo andar sobre el agua y resucitar muertos (Véase Mateo 14:29; 1 Reyes 17:22; Hechos 20:9,10). Esto no es ninguna señal de que ellos tenían todo el poder, sino de que Dios estaba con ellos, así como él estaba con Jesús. Pedro dijo: “Me refiero a Jesús de Nazaret, y a cómo Dios le ungió con el Espíritu Santo y con poder. Él anduvo haciendo el bien y sanando a todos los oprimidos por el diablo, porque Dios estaba con él” (Hechos 10:38). Jesús dijo: “El Padre que mora en mí, él hace las obras” (Juan 14:10).

Mientras Cristo luchaba bajo el peso del pecado, rogando al Padre que lo salvara de la muerte, tomó la decisión consciente de que, si esto significaba que él debía morir por la eternidad para que tu y yo pudiéramos vivir con Dios para siempre, entonces él estaba dispuesto a hacerlo. Decidió que él prefería morir por la eternidad antes que vivir sin nosotros. Ese es un amor inmenso y sorprendente. Algunos han estado dispuestos a entregar sus propias vidas temporales para salvar a otros, pero muy pocos estarían dispuestos a entregar su vida eterna por otra persona.

Sin embargo, hubo otro hombre que estuvo dispuesto a morir antes que vivir sin sus acompañantes. Su nombre era Moisés. Él le suplicó a Dios a favor de los hijos de Israel diciendo: “Pero ahora perdona su pecado; y si no, bórrame del libro que has escrito” (Éxodo 32:32). Moisés se refería al libro de la vida. Él declaró: Si no puedes perdonarlos y darles la vida eterna, entonces yo no quiero la vida eterna tampoco. Jesucristo tomó la misma decisión, pero la sangre del inmaculado Hijo de Dios tenía la capacidad de salvarnos realmente de la muerte. Él dio su vida eterna por nosotros. (Véase Juan 10:15). Por eso los 144,000 cantarán el cántico de Moisés y el Cordero. Ellos tampoco amaron “sus *vidas* [almas]⁹ hasta la muerte” (Apocalipsis 15:3; 12:11).

En cualquier momento, el Hijo de Dios pudo haber clamado a su Padre para que lo librara, pero continuó, sabiendo que algunos se salvarían. Cuando llegó un grupo de soldados para capturarlo, Pedro comenzó a pelear por él, pero Cristo lo reprendió, diciendo: “¿Acaso piensas que no puedo ahora orar a mi Padre, y que él no me daría más de doce legiones de ángeles?” (Mateo 26:53). Nótese que Cristo no dijo que él tenía el poder de librarse a sí mismo, pero que podía pedirle a su Padre que lo librara, la cual era su única vía de escape. Pero él estaba decidido a no rendirse nunca, aunque esto significara que él no viviría nuevamente. Había decidido rendir su voluntad a su Padre, diciendo: “Mas no lo que yo quiero,

⁹ El texto entre corchetes es del autor.

sino lo que tú” (Marcos 14:36). El Hijo de Dios fue “obediente hasta la muerte, y muerte de cruz” (Filipenses 2:8). Finalmente, al morir en la cruz, en seguida después de exclamar: “Dios mío, Dios mío. ¡Por qué me has desamparado?”, (Mateo 27:46), entregó su vida eterna en manos de su Padre, diciendo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46). Estaba diciendo: “Padre, estoy entregando mi vida eterna en tus manos. Si deseas levantarme de entre los muertos, o si eliges dejarme en la tumba por la eternidad, lo dejo en tus manos”.

¿Era Jesús inmortal cuando estuvo aquí?

“¡Un momento!, dice el oponente. “El Hijo de Dios era tan exaltado que no podía morir ni dejar de existir”. Nuevamente, hallamos la impía doctrina de la Trinidad ejerciendo su blasfema influencia. Esta doctrina enseña que Jesucristo es exactamente igual al Padre en todos los aspectos. Por lo tanto, se afirma que, puesto que el Padre no puede morir, su Hijo tampoco. Pero la Biblia dice que sólo hay una persona que no puede morir bajo ninguna circunstancia, y es Dios Padre. La Biblia dice que, cuando Jesús aparezca, “mostrará al bienaventurado y solo Soberano, Rey de Reyes, y Señor de Señores; el único que tiene inmortalidad, que habita en luz inaccesible; a quien ninguno de los hombres ha visto ni puede ver, al cual sea la honra y el imperio sempiterno. Amén” (1 Timoteo 6:14-16). Este no puede ser otro que Dios Padre, porque él es el único a quien “nadie ha visto... nunca” (Juan 1:18). Pero sabemos que nosotros “nos vestiremos de inmortalidad” (1 Corintios 15:53), muchos ángeles tienen inmortalidad, y Jesucristo “vive por los siglos de los siglos” (Apocalipsis 1:18).

Cuando la Biblia dice que “sólo el Padre tiene inmortalidad”, debe significar en un sentido absoluto e ilimitado. El Padre es el único que no puede morir bajo ninguna circunstancia. Jesucristo fue sujeto a la muerte y “murió por nuestros pecados” (1 Corintios 15:3). El hombre puede morir. “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:20). Los ángeles pueden morir; el “fuego eterno” está “preparado para el diablo y sus ángeles” (Mateo 25:41). Este fuego es tan intenso, que los devorará. Dios le dijo a Satanás: “Saqué fuego de en medio de ti, el cual te consumió, y te puse en ceniza sobre la tierra a los ojos de todos los que te miran... y para siempre dejarás de ser” (Ezequiel 28:18, 19). Así que es bien cierto que Dios el Padre es la única persona que no puede morir bajo ninguna circunstancia. Esto excluye al Hijo, que gustó “la muerte por todos” (Hebreos 2:9). Por este versículo, nos vemos obligados a concluir que Jesucristo no era inmortal cuando estuvo aquí. En realidad, la principal razón para que se convirtiera en ser humano era que pudiera morir por nuestros pecados. El Hijo de Dios sufrió una muerte verdadera por nuestros pecados (Véase Isaías 53:6 y 1 Juan 2:2). No fue fingimiento, no fue representación. Fue algo real.

La muerte de Cristo: Una muerte completa

A causa de la doctrina de la Trinidad, hay algunos que dicen que Cristo bajó del cielo y habitó en un cuerpo humano y que, cuando llegó el momento de morir, sólo el cuerpo murió, mientras que el ser divino que bajó del cielo permaneció vivo. Con este punto de vista, tendríamos que concluir que sólo hubo un sacrificio humano por nuestra redención. No importa cuán exaltado fuera el Hijo preexistente, no importa cuán glorioso, poderoso o hasta eterno fuera, si sólo el hombre murió, el sacrificio fue sólo humano. Es irrazonable creer que un sacrificio humano es suficiente para redimir a la humanidad, y es contrario a la Escritura decir que sólo murió la mitad de Cristo. Si Cristo sólo fingió morir cuando estuvo aquí, habría que eliminar la necesidad de que se convirtiera en hombre, porque “fue hecho un poco menor que los ángeles **para** que gustase la muerte por todos” (Hebreos 2:9). Si estaba planeando hacer como que moría, podría haberlo hecho sin convertirse en hombre.

En el primer capítulo de Hebreos, Pablo describe a Cristo como muy exaltado, el que fue engendrado a la expresa imagen de la persona de su Padre. Entonces, en el capítulo de Hebreos, Pablo explica la necesidad de que Cristo se convirtiera en hombre. Él subrayó este punto de varias maneras. En el versículo nueve de este capítulo, explica: “Pero vemos a Jesús, que fue hecho un poco menor que los ángeles, coronado de gloria y de honra, a causa del padecimiento de la muerte, para que por la gracia de Dios, gustase la muerte por todos” (Hebreos 2:9). Pablo explica la importancia de que Cristo se convirtiera en hombre, hecho un poco menor que los ángeles, para que pudiera morir; no para que un cuerpo humano pudiera morir, sino para que el divino Hijo de Dios pudiera morir.

El hecho de que Cristo muriera es también subrayado en los siguientes versículos: “Haya, pues, en vosotros este sentir que hubo también en Cristo Jesús, el cual, siendo en forma de Dios, no escatimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó [griego: se vació]¹⁰ a sí mismo, tomando forma de siervo, hecho semejante a los hombres; y estando en la condición de hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. Por lo cual, Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre” (Filipenses 2:5-9). El mismo ser idéntico que estaba en forma de Dios en el versículo seis, murió en el versículo ocho. Jesucristo mismo le dejó bien claro a Juan que estaba muerto. Jesús dijo: “Yo soy el que vive, y estuve muerto; mas he aquí que vivo por los siglos de los siglos, amén. Y tengo las llaves de la muerte y del Hades” (Apocalipsis 1:18). Ciertamente, Jesucristo “murió por nuestros pecados según las Escrituras” (1 Corintios 15:3)

¹⁰ El texto entre corchetes es del autor.

¿Están los muertos realmente muertos?

Esta es una importante pregunta que debe ser respondida antes de que podamos entender realmente los sufrimientos de Cristo. ¿Están los muertos realmente muertos? Satanás quiere hacernos creer que los muertos no están realmente muertos, sino conscientemente vivos, ya sea en el paraíso o en la miseria. Satanás dijo desde el mismo principio: “No moriréis” (Génesis 3:4). Satanás enseñó que el hombre podía desobedecer a Dios y todavía vivir para siempre, sin morir. Esta afirmación contradice directamente a Dios, que dijo: “Ciertamente morirás” (Génesis 2:17). Desde ese día, Satanás ha continuado enseñando a los hombres que ciertamente no morirán. Según Satanás, todos los hombres que han muerto no están realmente muertos. Tristemente, en la actualidad, muchos cristianos creen la mentira de Satanás. Creen que la muerte no es realmente muerte, sino más bien una continuación de la vida en otra dimensión. Esta enseñanza del cristianismo es fruto de la profana doctrina de la Trinidad. La Iglesia Católica admite haber formulado esta doctrina, y declara: “El misterio de la Trinidad es la doctrina central de la fe católica. En ella se basan todas las otras enseñanzas de la Iglesia” (*Handbook for Today's Catholic, [Manual para el Católico de hoy]*, página 11). La idea de que los muertos no están realmente muertos se basa en la falsa doctrina de la Trinidad. Observemos lo que Agustín, una de las personas principales que formuló la doctrina de la Trinidad, tenía que decir acerca de la muerte de Cristo:

“Ningún muerto puede resucitarse a sí mismo. Sólo él [Cristo] pudo resucitarse a sí mismo. Aunque su cuerpo estaba muerto, no estaba muerto, pues levantó lo que estaba muerto. Se levantó solo, el que en sí mismo estaba vivo, pero en su cuerpo, lo que habría de resucitar, estaba muerto. Porque no sólo el Padre, de quien el apóstol dijo: ‘Por cuanto Dios también le ha exaltado’, resucitó al Hijo, sino que el Señor también resucitó, es decir, su cuerpo” (*Nicene and Post-Nicene Fathers*, serie 1, tomo 6, página 656, San Agustín, “*Sermons on Selected Lessons of the New Testament*”).

Es verdad que un difunto no puede levantarse a sí mismo de entre los muertos, pues no puede ni siquiera pensar. Así dijo el Señor: “Los muertos no saben nada” (Eclesiastés 9:6). En las palabras de Agustín vemos las semillas mismas de aquella profana enseñanza sobre la muerte que asegura que los muertos no están muertos. Notemos que, en su declaración,

Agustín observa correctamente que los muertos no pueden levantarse a sí mismos, puesto que no están vivos, pero luego pasa a suponer que Cristo no estaba muerto. Esta idea podría ser modificada fácilmente para incluir a cada uno de los muertos. Porque si, en la Biblia, se dice que Cristo murió, pero la doctrina de la Trinidad afirma que no murió, entonces es lógico creer que, cuando la Biblia habla de que otros mueren, ellos también deben haber permanecido vivos. Así es como la mayoría de los cristianos en la actualidad han sido engañados al creer que los muertos están realmente vivos en alguna parte, aunque la Biblia es muy clara al respecto. Notemos algunos versículos sobre este punto: “No confiéis en los príncipes, ni en hijo de hombre, porque no hay en él salvación. Pues sale su aliento, y vuelve a la tierra; en ese mismo día perecen sus pensamientos” (Salmos 146:3, 4). Cuando una persona muere, sus pensamientos perecen; ya no puede pensar. Permanece dormida en el polvo, inconsciente de todo, hasta que el Señor la resucite de entre los muertos.

La muerte es llamada sueño. “Y muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados, unos para vida eterna, y otros para vergüenza y confusión perpetua” (Daniel 12:2). Isaías escribió: “Tus muertos vivirán; sus cadáveres resucitarán. ¡Despertad y cantad, moradores del polvo! Porque tu rocío es cual rocío de hortalizas, y la tierra dará sus muertos” (Isaías 26:19). Lo primero que notamos en este versículo es que los muertos vivirán nuevamente en algún momento del futuro. Estas personas no están vivas ahora, pero vivirán en algún momento en el futuro. Ahora mismo, ellos moran en el polvo. Cuando morimos, regresamos al polvo, para permanecer allí en sueño inconsciente hasta que el Señor nos resucite de entre los muertos.

¿Qué decir del espíritu del hombre?

En el libro de Job, dice: “Ciertamente hay espíritu en el hombre, y el sople del Omnipotente le hace que entienda” (Job 32:8). Daniel explica: “Se me turbó el espíritu a mí, Daniel, en medio de mi cuerpo” (Daniel 7:15). Un espíritu es la parte de una persona que puede ser agraviada. En el evangelio de Marcos, leemos: “Y conociendo luego Jesús en su espíritu que cavilaban de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: ¿Por qué caviláis así en vuestros corazones?” (Marcos 2:8). El rey de Babilonia tuvo un sueño, y les dijo a sus sabios: “He tenido un sueño, y mi espíritu se ha turbado por saber el sueño” (Daniel 2:3). Un espíritu es la parte de la persona que puede percibir o entender cosas, y puede ser agraviada o turbada. Estos pocos textos bíblicos confirman la definición de “espíritu” que se halla en *The American Heritage Dictionary*, que dice: “La parte de un ser humano asociada con la mente, la voluntad y los sentimientos”. ¿Qué ocurre con este espíritu cuando una persona muere? Salomón explicó: “Y

el polvo vuelva a la tierra, como era, y el espíritu vuelva a Dios que lo dio” (Eclesiastés 12:7). Observemos que esto se refiere a todas las personas que mueren, ya sea el santo más justo o el pecador más malvado. Cuando cualquier persona muere, habrá un tiempo en que volverá a vivir, ya sea que resucite en la resurrección de los justos o de los injustos (Hechos 24:15). Su mente, que contiene la historia de su vida, se le dará nuevamente en la resurrección. Saldrá de la tumba con el mismo carácter y la misma manera de pensar que tenía antes de morir. Cuando los muertos sean resucitados, Dios les devolverá el espíritu (o la mente) que estaba en ellos anteriormente. Durante su sueño en la tumba, no estaban vivos en ninguna parte.

Por consiguiente, toda persona resucitará. Dios tiene que conservar un registro de su vida, para que esa misma persona pueda regresar en la resurrección; Dios conserva el espíritu de esa persona en una condición inconsciente. Salomón escribió: “¿Quién sabe que el espíritu de los hijos de los hombres sube arriba, y que el espíritu del animal desciende abajo a la tierra?” (Eclesiastés 3:21). Al morir, el espíritu de un animal desciende a la tierra porque no es necesario que Dios lo retenga, pues no hay ninguna resurrección para los animales. Pero el espíritu del hombre sube a Dios, y permanece allí en un estado inconsciente hasta la resurrección.

Algunos dirán: “Pero, ¿no van al cielo los justos cuando mueren y los impíos a un lugar de tormento?” “Varones hermanos, se os puede decir libremente del patriarca David, que murió y fue sepultado, y su sepulcro está con nosotros hasta el día de hoy... Porque David no ascendió a los cielos, pero él mismo dice: Dijo el Señor a mi Señor: Siéntate a mi diestra” (Hechos 2:29, 34). David estará en el cielo, pero todavía no ha ascendido al cielo. Su espíritu ha regresado a Dios en un estado inconsciente, esperando reunirse con su cuerpo. Lo mismo ocurre con los impíos. “Que el malo es preservado en el día de la destrucción? Guardado será en el día de la ira” (Job 21:30). El Señor está reservando a los impíos para el día de la destrucción. Serán resucitados, o levantados de entre los muertos, para el día de la ira. No están sufriendo ahora mismo.

Me gustaría usar una cinta de cassette para ilustrar lo que la Biblia está diciendo. Supongamos que pongo un cassette en una grabadora y comienzo a grabar información en la cinta. Mientras la cinta esté en la grabadora, puede funcionar. Puedo grabar información en ella, y reproducir lo que está grabado. Pero, tan pronto quito la cinta de la grabadora, ya no puede funcionar. La cinta sin la grabadora es inútil, de la misma manera que la grabadora sin la cinta es inútil. Ninguna de las dos puede funcionar sola. Si quito la cinta y destruyo la grabadora, puedo reemplazarla, pero si destruyo la cinta, habré perdido la información. No es reemplazable. El

cuerpo y el espíritu son similares. Mientras estén unidos, pueden funcionar. Pero, tan pronto el espíritu es separado del cuerpo, el cuerpo vuelve al polvo nuevamente, y el espíritu es inconsciente, absolutamente incapaz de funcionar. En la resurrección, Dios tomará ese mismo espíritu y lo pondrá en un nuevo cuerpo, y funcionará otra vez, tal como lo hacía antes. Pero, si el espíritu es destruido, entonces no puede haber resurrección. Esto es lo que ocurre en la segunda muerte.

La primera y la segunda muertes

Juan escribió: “Bienaventurado y santo el que tiene parte en la primera resurrección; la segunda muerte no tiene potestad sobre éstos, sino que serán sacerdotes de Dios y de Cristo, y reinarán con él mil años” (Apocalipsis 20:6). Aquí dice que los bienaventurados y santos tendrán parte en la primera resurrección, y que la segunda muerte no tendrá poder sobre ellos. La primera resurrección tiene lugar en la segunda venida de Cristo. “Porque el Señor mismo, con voz de trompeta, con voz de mando, con voz de arcángel y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero” (1 Tesalonicenses 4:16). Inmediatamente después, los justos “vivirán y reinarán con Cristo mil años” (Apocalipsis 20:4).

“Pero los otros muertos no volvieron a vivir hasta que se cumplieron mil años” (Apocalipsis 20:5). Durante los mil años, los impíos no estarán vivos en ninguna parte. Cuando los mil años se cumplan, vivirán otra vez; serán resucitados en la segunda resurrección. Luego habrá un juicio ante el gran trono blanco, cuando los impíos serán “juzgados, cada uno según sus obras. Y la muerte y el infierno serán lanzados al lago de fuego. Esta es la muerte segunda. Y el que no se halló inscrito en el libro de la vida fue lanzado al lago de fuego” (Apocalipsis 20:13-15). El lago de fuego es llamado la muerte segunda, una muerte de la cual no hay ninguna resurrección. Aquí es donde Dios “destruirá el alma y el cuerpo en el infierno” (Mateo 10:28). “Serán como si no hubieran sido” (Abdías 1:16). No vivirán para siempre para arder por la eternidad, porque no tienen inmortalidad. “He aquí que serán como tamo; fuego los quemará, no salvarán sus vidas del poder de la llama; no quedará brasa para calentarse, ni lumbre a la cual se sienten” (Isaías 47:14). Cuando el fuego del infierno haya hecho su obra y devorado a los impíos, éste se apagará inmediatamente.

Algunos dirán: “Pero un alma no puede morir”. Esto no es lo que la Biblia dice. Al contrario, la Biblia dice: “El alma que pecare, esa morirá” (Ezequiel 18:20). No estamos hablando de la primera muerte, de la cual todos regresarán; sino de la muerte segunda, de la cual ninguno regresará. Entonces es cuando el alma muere. No hay tal cosa como la inmortalidad

natural del alma, porque las únicas personas que se convertirán en inmortales son los justos que “se vestirán de inmortalidad” (1 Corintios 15:54). Cuando el hombre pecó, se le prohibió comer del fruto del árbol de la vida, para impedir que viviera para siempre en un estado de pecado. “Y dijo Jehová Dios: He aquí el hombre es ahora como uno de nosotros, sabiendo el bien y el mal; ahora pues, que no alargue su mano y tome también del árbol de la vida, y coma y viva para siempre. Y lo sacó Jehová del huerto del Edén” (Génesis 3:22, 23). Sólo los que obtienen el derecho a comer del árbol de la vida vivirán para siempre. “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad” (Apocalipsis 22:14).

La idea de que el hombre tiene un alma naturalmente inmortal es fruto de aquel absurdo trinitario, que socava la belleza del amor de Dios demostrado en la muerte de su Hijo. Si estamos confundidos acerca de la muerte y la inmortalidad, es imposible que entendamos cuánto sacrificó Cristo por nosotros¹¹.

La muerte del Hijo de Dios

La Biblia dice: “Porque la paga del pecado es muerte; mas la dádiva de Dios es vida eterna por medio de Jesucristo nuestro Señor” (Romanos 6:23). El castigo por el pecado es la muerte. No la primera muerte, que conocemos como “sueño”, sino la muerte segunda. Los que rechazan la salvación y comparecen ante Dios para sufrir la “muerte segunda” estarán conscientes de que nunca vivirán otra vez, sabiendo que han renunciado a todas las glorias del cielo. Esta completa separación de Dios, y el reconocimiento de que nunca volverán a vivir, es la peor experiencia que los impíos soportarán. Su dolor físico, que será severo, sólo será una pequeña parte de su sufrimiento; la peor parte será saber que “serán como si nunca hubiesen sido” (Abdías 1:16).

La Biblia dice: “Fuimos reconciliados con Dios por medio de su Hijo” (Romanos 5:10). Él gustó la “muerte por todos” (Hebreos 2:9). El amado Hijo de Dios murió en mi lugar, “el justo por el injusto” (1 Pedro 3:18). Tomó el castigo que yo merezco, y ese castigo es la muerte segunda. Entiendo que hubo alguna diferencia con Cristo, puesto que él fue levantado de entre los muertos, y todos los que experimentan la muerte segunda no resucitarán. Sin embargo, la experiencia que él soportó era equivalente a la de los impíos cuando mueran, sabiendo que no regresarán. Así lo entendió Cristo cuando exclamó con amarga angustia: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?” (Mateo 27:46). Cristo tuvo que tener esta

¹¹ Para un estudio completo sobre el estado de los muertos y su destrucción final, solicite los estudios titulados *Qué ocurre después de la muerte* y *El amor de Dios revelado en el infierno*.

experiencia para pagar la pena del pecado. Puede que algunos digan: “Pero él no ardió en el lago de fuego”. Es verdad, pero recordemos que la paga del pecado es la muerte, no el sufrimiento. “Cristo murió por nuestros pecados según las Escrituras” (1 Corintios 15:3).

En Isaías 53, leemos el siguiente relato: “Jehová quiso quebrantarlo, sujetándole a padecimiento. Cuando haya puesto su vida en expiación por el pecado... Porque derramó Su alma hasta la muerte, Y con los transgresores fue contado; Llevó el pecado de muchos, E intercedió por los transgresores (Isaías 53:10-12).

De acuerdo con las Escrituras, el alma de Cristo murió; el alma de Cristo fue hecha ofrenda por el pecado. El alma de una persona constituye el ser entero. Si un alma muere, el ser entero está muerto. El alma es más que sólo el cuerpo. Jesús dijo: “No teman a los que matan el cuerpo pero no pueden matar al alma. Más bien, teman a aquel que puede destruir tanto el alma como el cuerpo en el infierno.”¹² (RVA 2015).

Se nos dice que el alma de Cristo estaba en la tumba. El día de Pentecostés, Pedro dijo: “Viéndolo antes, habló de la resurrección de Cristo, que su alma no fue dejada en el Hades, ni su carne vio corrupción” (Hechos 2:31). En el versículo anterior, la palabra infierno fue traducida de la raíz de la palabra *hades*. Esta palabra significa tumba en todos los casos. El alma de Cristo reposó con su cuerpo en la tumba. Cristo murió realmente por nuestros pecados.

¹² Γέεννα - gehenna

Cristo realmente murió

El Espíritu de Cristo inspiró a David para que escribiera concerniente a la muerte: “Encerrado estoy, y no puedo salir” (Salmos 88:8). Cristo estaba encerrado en la tumba, y no podía salir. La Biblia dice más de treinta veces que Dios Padre levantó a Cristo de entre los muertos. (Hechos 2:24, 30, 32; 3:15, 26; 4:10; 5:30; 10:40; 13:23, 30, 33, 34, 37; 17:31; 26:8; Romanos 4:24, 25; 6:4; 8:11; 10:9; 1 Corintios 6:14; 15:15; 2 Corintios 4:14; Gálatas 1:1; Efesios 1:20; Colosenses 2:12; 1 Tesalonicenses 1:10; 2 Timoteo 2:8; Hebreos 13:20; 1 Pedro 1:2). Pablo escribió que él era apóstol, “no de hombres ni por hombre, sino por Jesucristo, y Dios Padre, que le levantó de los muertos” (Gálatas 1:1).

En Efesios 1:19, 20, Pablo también subrayó que “la supereminente grandeza” del poder del Padre fue demostrada “cuando levantó” a Cristo de entre los muertos. Si Cristo realmente se hubiese levantado de entre los muertos, como algunos creen, entonces las palabras de Pablo no habrían podido ser ciertas. No habría sido el poder del Padre, sino el poder de Cristo lo que habría quedado demostrado.

Cristo no se levantó de entre los muertos. De lo contrario, no habría estado muerto, para comenzar, y sus palabras: “No puedo yo hacer nada por mí mismo” (Juan 5:30), no podrían ser ciertas. Cuando el Hijo de Dios estaba dormido en la tumba, era como el resto de los muertos, que “no saben nada” y cuyos pensamientos han “perecido” (Eclesiastés 9:5; Salmos 146:4).

De Cristo leemos: “Y Cristo, en los días de su carne, ofreciendo ruegos y súplicas con gran clamor y lágrimas al que le podía librar de la muerte, fue oído a causa de su temor reverente” (Hebreos 5:7). ¿A quién oraba Jesús con fuerte llanto y lágrimas? ¿Oraba a sí mismo? ¡Absolutamente no! Oraba a su Padre, el único “que podía librarle de la muerte”.

Habría sido una burla que Cristo clamara a su Padre para que lo salvara de la muerte si todo el tiempo hubiese sido inmortal y capaz de salvarse a sí mismo. Cristo murió completamente, amigos, y dependía del Padre para que lo resucitara. Dijo: “Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu” (Lucas 23:46), indicando su completa dependencia de su Padre para salvarlo de la muerte y su disposición a confiar su vida eterna a las manos de su Padre.

Muchos cristianos creen que, cuando Jesús estuvo en la tierra, era omnisapiente (que lo sabía todo), omnipotente (todopoderoso), omnipresente (que podía estar en todas partes al mismo tiempo), e inmortal. Estos conceptos erróneos impiden que la gente pueda apreciar la magnitud del sacrificio y el sufrimiento de Cristo por amor a nosotros. Si Cristo poseía estas cualidades divinas mientras estuvo en la tierra, no podría haber experimentado sorpresa, terror o cualquier cuidado por su futuro destino. Reduciría su trastorno emocional a un mero recitar de palabras de un drama, fingiendo que estaba angustiado.

Algunos han quedado confundidos por las palabras de Jesús: “Por eso me ama el Padre, porque pongo mi vida para volverla a **tomar**”¹³. Nadie me la quita, sino que yo de mí mismo la pongo. Tengo **poder** para ponerla, y tengo **poder** para volverla a **tomar**. Este mandamiento **recibí** de mi Padre” (Juan 10:17, 18).

La palabra griega λαμβάνω (*lambanó*), que fue traducida como “tomar” (con el número 2983 de *Strong*), puede significar tomar, pero también significa “recibir (lo que se da), ganar, conseguir, obtener, recuperar” (*Thayer's Greek Lexicon*). Sírvase notar que esta palabra también se usa en el versículo 18, pero traducida como “recibida”. Cristo puso su vida para poder recibirla nuevamente. La palabra griega ἐξουσίαν (*exousia*), que fue traducida como “poder”, puede significar eso, pero también significa “autoridad, permiso” (*ibid.*). Cristo tenía permiso para entregar su vida, para luego poder recibirla nuevamente del Padre.

La traducción en inglés King James no es completamente exacta en este caso. Notemos algunas otras traducciones de esta frase en otras versiones: “Tengo autoridad para ponerla, y tengo autoridad para recibirla nuevamente. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (*Twentieth Century NT*). “Autoridad tengo yo para ponerla y autoridad tengo para recibirla nuevamente. Este mandamiento recibí yo de mi Padre” (*1902 Rotherham Bible*). “Estoy autorizado para ponerla, y estoy autorizado para recibirla de vuelta nuevamente. Este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (*1912 Weymouth NT Translation*). “Autoridad tengo para ponerla, y autoridad tengo nuevamente para recibirla; este es el mandamiento que recibí de mi Padre” (*1865 Diaglott NT*).

Las traducciones que anteceden son correctas en la manera en que utilizan las palabras “autoridad y “recibir”. Jesús no estaba diciendo que podía levantarse a sí mismo de entre los muertos. La profecía de Salmos 88:8 era cierta con respecto a él, porque dice: “Estoy encerrado y no puedo salir”.

¹³ La palabra traducida “tomar” en éste versículo es el #2983 de la Concordancia Strong y representa la palabra griega en el texto original.

1 Pedro 3:18-20

Pedro escribió: “Porque también Cristo padeció una sola vez por los pecados, el justo por los injustos, para llevarnos a Dios, siendo a la verdad muerto en la carne, pero vivificado en espíritu; en el cual también fue y predicó a los espíritus encarcelados, los que en otro tiempo desobedecieron, cuando una vez esperaba la paciencia de Dios en los días de Noé, mientras se preparaba el arca, en la cual pocas personas, es decir, ocho, fueron salvadas por agua (1 Pedro 3:18-20). Algunos creen que estos versículos prueban que Jesús estaba consciente mientras su cuerpo estaba muerto, y que bajó al infierno a predicarles a los muertos. Por supuesto, esto no sería posible, porque los muertos no pueden ni siquiera pensar, y ciertamente no podrían oír un sermón. No solo eso; si estos muertos ya estaban perdidos, como están de acuerdo la mayoría, ninguna cantidad de predicación los beneficiaría. Cristo habría estado desperdiciando su tiempo por dos razones: ellos no podrían oírlo, y no podrían beneficiarse aunque pudieran oírlo.

La dificultad se resuelve en el versículo 20. Pedro escribió que Cristo “predicó” [tiempo pasado] a los espíritus encarcelados [tiempo presente]. Es obvio que Jesús predicó a estas personas por medio de Noé (1 Pedro 1:11). La predicación se hizo hace mucho tiempo, mientras Noé estaba vivo todavía. No hay nada en el versículo que requiera que a estos ímpios que vivieron antes del diluvio se les predicase mientras estaban en la cárcel. En su lugar, se les predicó mientras todavía estaban vivos, y ahora estaban encarcelados o muertos.

El gran sacrificio de Cristo

Para Cristo, fue un inmenso sacrificio limitarse a sí mismo al convertirse en hombre para vivir entre nosotros. Había involucrado un riesgo legítimo. Podría haber pecado, lo cual lo habría condenado a él y al planeta entero. Todo el “principado” de Dios estaba “sobre sus hombros” (Isaías 9:6). Si Cristo hubiera fracasado, el gobierno de Dios habría fracasado.

Mientras Cristo estuvo en el cielo, no podía morir (Hebreos 2:9). Pero, cuando puso a un lado los aspectos de la divinidad que le impedían experimentar la muerte, quedó abierto a los ataques del diablo. “Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15). La Biblia dice: “Dios no puede ser tentado por el mal” (Santiago 1:13). Una comparación entre estos dos textos demuestra que, mientras Cristo estuvo aquí, no conservó esas cualidades de divinidad que impiden que Dios sea tentado, como la onnipotencia. Satanás sabía que Cristo era vulnerable y aplicó todas

sus energías para hacer que Jesús cayera en pecado, pero sin ningún éxito.

La capacidad de Cristo para salvarnos

Para llevar a cabo nuestra salvación, Cristo se vio obligado a tomar sobre sí mismo nuestra caída carne humana. “Porque ciertamente no socorrió a los ángeles, sino que socorrió a la descendencia de Abraham. Por lo cual, debía ser en todo semejante a sus hermanos, para venir a ser misericordioso y fiel sumo sacerdote en lo que a Dios se refiere, para expiar los pecados del pueblo. Pues en cuanto él mismo padeció siendo tentado, es poderosos para socorrer a los que son tentados” (Hebreos 2:16-18). Su naturaleza carnal era tal como la nuestra, pero su mente era pura. Su mente no podía haber sido carnal, porque la Biblia dice: “Los designios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden” (Romanos 8:7). Cristo “amó la justicia y aborreció la iniquidad” (Hebreos 1:9). Por medio del salmista, dijo: “El hacer tu voluntad, Dios mío, me ha agradado, y tu ley está en medio de mi corazón” (Salmos 40:8). Esta fue la experiencia de Cristo desde el vientre de su madre. “Nació de nuevo” desde el comienzo de su vida como hombre. Pero, para todos los demás, Cristo declaró: “Tienes que nacer de nuevo” (Juan 3:7).

Puede que algunos digan que Cristo tenía una ventaja sobre nosotros si él naturalmente amaba la justicia desde el principio, y todos los demás nacen con una inclinación hacia el pecado. Es verdad. Es una enorme ventaja sobre el pecador no arrepentido, pero Cristo da esta ventaja a todos los que lo aceptan en sus corazones. El amor por la justicia y el aborrecimiento por la iniquidad no son inherentes en el hombre caído. Es algo que debe ser infundido en nosotros cuando nacemos de nuevo. Dios promete darnos un nuevo corazón, haciendo que andemos en sus caminos (Ezequiel 36:26, 27). ¡De esto se trata el nuevo pacto! Dios prometió: “Pero este es el pacto que haré con la casa de Israel después de aquellos días, dice Jehová: Daré mi ley en su mente, y la escribiré en su corazón; y yo seré a ellos por Dios, y ellos me serán por pueblo” (Jeremías 31:33, también citado en Hebreos 10:16).

La Biblia dice: “Por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:6). Me alegro de que Jesús tenga algo mejor. De lo contrario, no podría ofrecernos nada más que lo que ya tenemos. Sé por experiencia que necesito algo mejor, y que ese algo mejor está en Cristo. Es mi oración que puedas experimentar la bendición de “Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

Conclusión

Jesús dijo: “Porque de tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en él crea no se pierda, sino que tenga vida eterna” (Juan 3:16). Este gran don de Dios demuestra su amor por nosotros más que ninguna otra cosa en el universo. Entender el valor de este don es lo que nos permite amar a Dios con todo nuestro corazón, lo cual resultará naturalmente en que nuestras vidas sean cambiadas.

La doctrina de la Trinidad fue inventada con el único propósito de ocultar el amor de Dios. No sólo oculta el hecho de que Jesucristo es el Hijo literal de Dios, engendrado del Padre antes de todo lo creado, sino que también cubre la realidad del sacrificio de Cristo por nosotros. Afirma que Jesucristo era omnisciente, inmortal y todopoderoso mientras vivió en este planeta, lo cual elimina completamente toda posibilidad de que haya sentido terror o preocupaciones mientras estuvo en la tierra. Piensa en esto. Si tu fueras inmortal y todopoderoso, ¿habría algo que te pudiera causar terror o preocupaciones sobre tu bienestar? ¡Ciertamente que no! Seguramente puedes ver lo peligrosa que es esta idea cuando se aplica a Cristo. No es posible que todo lo que hemos visto de su lucha interna y angustia emocional haya sido real si él hubiese sido inmortal y todopoderoso mientras estuvo aquí. Pero la Biblia dice que fue “angustiado”, que su alma estuvo “en extremo triste, hasta la muerte”, que “su sudor era como grandes gotas de sangre”, que estaba lleno de terror. Todo esto tuvo lugar antes de que un soldado le pusiera una mano encima. La extrema angustia que Cristo sufrió por nosotros fue real. La doctrina de la Trinidad quiere hacernos creer que fue todo ficción, que sólo estaba recitando las palabras de un drama.

Mis amigos, Jesucristo realmente sufrió y murió por nuestros pecados. Ojalá que Dios quite todos los obstáculos que impiden que veamos “cuál grande amor nos ha dado el Padre” (1 Juan 3:1).

Cristo confió enteramente en su Padre para que lo ayudara en toda ocasión. Puso su vida eterna en manos de su Padre. Hizo esto, sabiendo que, en cualquier momento, podía haber llamado a su Padre para que lo rescatara de sus luchas y dejar que nosotros, los rebeldes pecadores, pereciéramos por la eternidad. (Véase Mateo 26:53).

Hasta ese punto nos ama a ti y a mí. Cuando Cristo murió en la cruz, dio todo lo que tenía que dar. Ofreció su ser entero como sacrificio por la transgresión. Su alma fue hecha ofrenda por el pecado para que nosotros pudiéramos vivir.

Amigo mío, si no has entregado tu vida a Cristo todavía, si no has probado el gozo maravilloso de saber que tus pecados han sido perdonados y que

estás en paz con Dios, te invito a que lo hagas ahora mismo, antes de que sea demasiado tarde. “He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación” (2 Corintios 6:2). “Gustad, y ved que es bueno Jehová; dichoso el hombre que confía en él” (Salmos 34:8).

Para más información, o para obtener estudios bíblicos gratuitos sobre este, y muchos otros temas, por favor contacte a:

Present Truth Fellowship
PO Box 315
Kansas, Oklahoma 74347
U. S. A.

Teléfono: 304-633-5411

Sitio Web: www.verdadpresente.net **Inglés:** www.presenttruth.info

E-mail: books@presenttruth.info

Desde la creación de este mundo, Dios ha tratado de tener comunión con la humanidad. Tenía comunión diaria con Adán y Eva en el jardín de Edén. Desafortunadamente, la riqueza de esta comunión se malogró cuando Adán y Eva comieron del fruto prohibido, pero Dios continuó buscándolos. Él no ha cesado de desear la comunión con las criaturas que fueron hechas a su imagen. Nos ama inmensamente y desea tener continua comunión con nosotros. Envío a su Hijo unigénito a morir por nuestros pecados para que pudiéramos ser reconciliados con Dios y ser restaurados a la estrecha comunión que él tenía con la humanidad antes de la caída.

Para restablecer la comunión de la humanidad consigo mismo, Dios ha revelado su carácter y sus atributos en su palabra, la Biblia, para que los seres humanos puedan conocerlo y amarlo. Ciertamente, no podemos entender y conocer todo acerca de Dios, pero deberíamos entender y saber lo que él ha revelado acerca de sí mismo en la Biblia. Este conocimiento es la información más importante que podemos adquirir.

Tener un conocimiento básico de la identidad y el carácter de Dios no es suficiente si no se da el siguiente paso, que es establecer una relación con él. Hasta los demonios tienen un conocimiento básico de Dios, pero rehusan someterse al control de él. Santiago escribió a sus hermanos judíos: “Tú crees que Dios es uno; bien haces. También los demonios creen y tiemblan” (Santiago 2:19). Es bueno tener un conocimiento básico de Dios, pero no podemos detenernos allí. Un conocimiento de Dios, no importa cuán correcto sea, no nos hace mejor que los demonios si no invitamos a Dios a morar en nuestro corazón y no sometemos nuestra vida para que sea moldeada y transformada por su carácter puro.